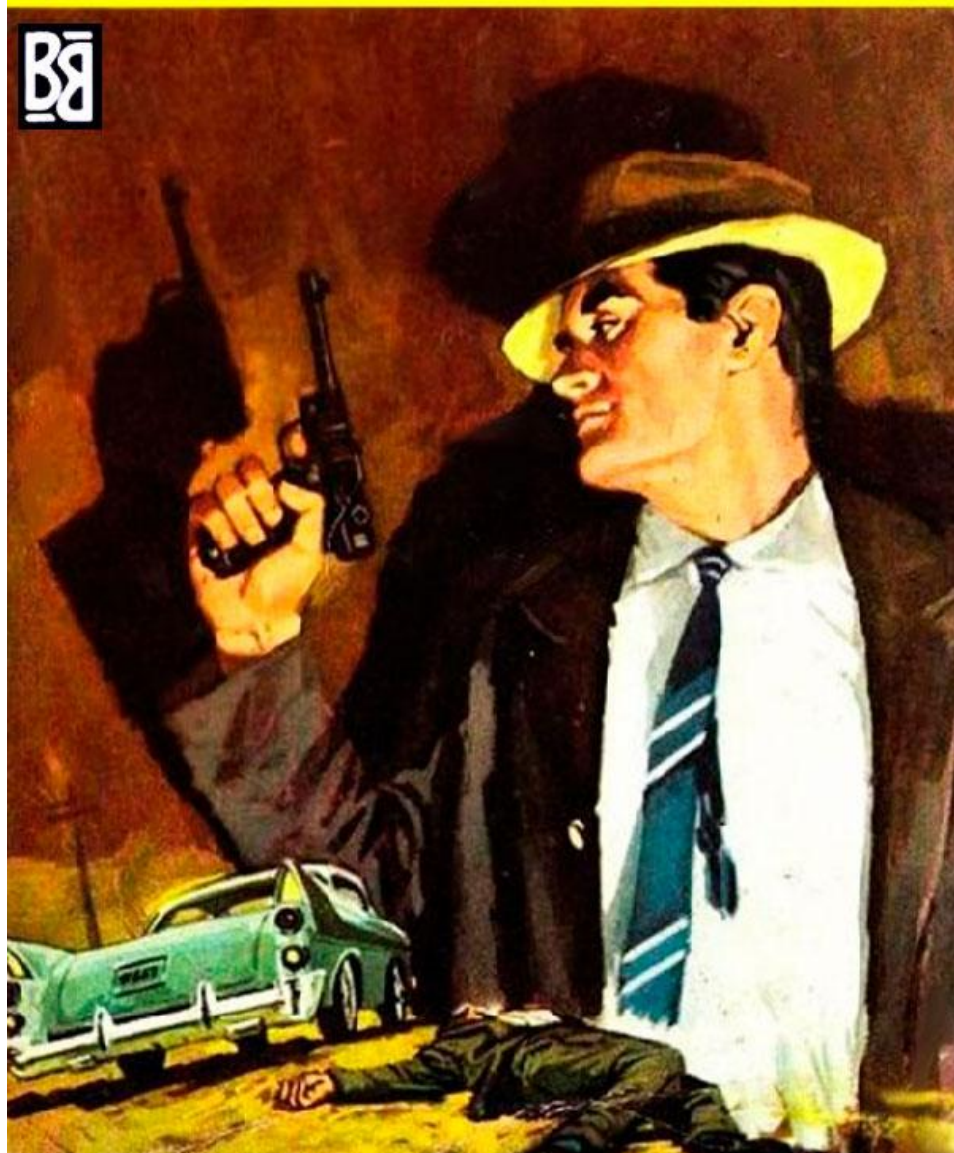


PUNTO
ROJO

asesinato en aguas calientes

keith luger

B&B



ASESINATO EN
AGUAS CALIENTES

KEITH LUGER

ASESINATO EN AGUAS CALIENTES

Colección PUNTO ROJO n.º 226

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA

BOGOTÁ

BUENOS AIRES

CARACAS

MEXICO

RIO DE JANEIRO



Dépósito legal: B 20.015 - 1966

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: agosto 1966

© KEITH LUGER - 1966
sobre el texto literario

©
sobre la cubierta

©
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

—Tiene usted que descansar —me dijo el doctor Claude Laurent.

—Pero, doctor —repuse—, me encuentro la mar de bien.

—Observo en usted síntomas de agotamiento.

—Sólo escribo una novela cada tres meses.

—¿Y cuántas mujeres?

—¿Cómo?

—¿Cuántas mujeres tiene cada tres meses?

—Doctor, hay preguntas que no debería hacer. La podría oír su enfermera. ¿Y qué pensaría de mí?

—Mi enfermera tiene una idea bastante aproximada de quién es usted, señor Fabré... ¿Sabe que es una asidua lectora suya? Se compra todas sus noveluchas policíacas... Más de una vez he tenido que llamarle la atención porque la he sorprendido con una novela entre las manos. ¡Y era suya!

Sonreí agradablemente sorprendido. La enfermera del doctor era una rubia platino, con unos noventa y tres de busto y otros tantos de cadera y con la cintura justo como la debía tener.

El doctor sorprendió el brillo especial que ofrecen mis ojos cuando se me pone a tiro una rubia platino de noventa y tres de busto.

—Olvidela, señor Fabré, la necesito...

—Yo también... ¡Oh, perdón! Quise decir que quizá me recomiende usted la radioterapia, y en tal caso, su enfermera será la encargada de ofrecerme el menú.

—Le voy a recomendar otra cosa, señor Fabré.

—¿El qué, doctor?

—Iba a decirle que se tirase desde lo alto del Mont Blanc, pero estoy seguro que no seguiría mi consejo.

—No, doctor, sólo tengo una piel.

—Irá usted a una casa de reposo.

—Ni hablar, doctor, no cuente conmigo.

—Señor Fabr ,  cu nto alcohol bebe al día?

— Alcohol?

—Eso he dicho.

—No s , nunca lo he tenido en cuenta.

—Yo s  puedo decirle lo que bebe.

— Cu nto, doctor?

—Suficiente alcohol para que su hígado está a punto de atrapar una cirrosis.

—Caramba, doctor, no me asuste.

—En estos momentos sólo se trata de una hepatitis, en un estado medio, pero puede convertirse en una hepatitis aguda, y ya sabe, más tarde...

—La cirrosis.

—Exacto.

Lo dijo con voz muy grave, como hablan los monstruos de las películas antes de cargarse a su víctima.

—Entonces, lo que usted me recomienda es reposo,  eh, doctor Laurent?

—Y nada de alcohol.

—Nada de alcohol.

—Y nada de mujeres.

— Nada de qué?

—De esas cositas que la Naturaleza ha puesto al paso del hombre, señor Fabr .

— Qu  hermosas son!,  eh, doctor? —dije tratando de ser afectivo—. Ya me dejar  alguna que otra.

—Ninguna, señor Fabr , o ya sabe lo que le espera...

—Hemos quedado en que la cirrosis la produce el alcohol.

—Pero las mujeres ayudan... —el doctor dio unos pasos alrededor del diván en que yo estaba tendido, casi desnudo—. Señor Fabr , usted va a ir a un lugar llamado El Buen Reposo.

—No conseguir  de mí que me vaya por mi propio pie al cementerio.

—El Buen Reposo no es ningún cementerio, sino un lugar de descanso.

—Pues ya podrían haberle puesto un nombre menos lúgubre.

—Oh, sí, usted preferiría que se llamase el Folies Bergere, el Olympia, o el Club *Striptease*.

—No estaría mal, ¿eh?

—Señor Fabr , me gustaría que esta vez no lo tomase a broma. Yo le he hablado muy en serio.

—Y yo también. Quiero decir que acepto sus buenos deseos, doctor, pero me temo que no podrá ir a ese Buen Reposo.

— Por qué no?

—Mi editor tiene la culpa. Le cobró una novela adelantada. Ya me ha enviado tres cartas invitándome muy cariñosamente a que le envíe el original. Y todavía no lo he empezado.

—Estupendo, lo podrá escribir all .  Lo ve? Ha tenido usted suerte.

—Doctor, he de comunicarle un secreto.

—Hable, hombre, hable —repuso el doctor ansiosamente y se inclin  sobre mí—. Me gustan los secretos.

—Para escribir, necesito el alcohol y las mujeres... Me he acostumbrado a ellos.

—Esta vez prescindir  de sus dos entretenimientos... Y va a obedecerme, o tendr  que buscarse otro doctor... Le he asistido durante los últimos diez años. Y ya que usted me particip  un secreto, le ofrecerá otro a cambio... Se me han muerto muy pocos enfermos. Cuando me doy cuenta de que uno se me va a morir, le digo que se busque otro doctor.

Hizo una pausa, hinchó los pulmones de aire, y poniéndose el dedo delante de los ojos, dijo:

—Al sanatorio El Buen Reposo, o se busca otro doctor.

—Con que me muero...

—Se muere irremisiblemente. Y le voy a decir más, se irá al cementerio en seis meses, a menos que cambie de vida.

— Pero si la que llevo es estupenda!

—Es lo que usted cree... Pero yo s  de eso algo más que usted. Di un suspiro.

—Doctor, lo pone usted muy feo...

—Acostumbro a decir la verdad. Ha de contestarme ahora mismo. En el sanatorio El Buen Reposo es difícil encontrar plaza. Sólo le darán habitación si yo me pongo al habla con la dirección.

—¿Dónde está ese sanatorio, doctor? Y no me diga que tengo que ir al Himalaya.

—Está a unos cuarenta kilómetros de Grenoble, en plenos Alpes...

—Ya me imaginaba que tendría que ponerme el traje de alpinista.

—No le hace falta. Hay una bonita carretera. Aunque algo estrecha, podrá llegar hasta allí en su coche.

—¿Y cuánto tiempo he de permanecer en ese lugar del infierno?

—Creo que con cuarenta y cinco días tendrá suficiente, a condición de que siga mis prescripciones.

—¿Van a ser muchas, doctor?

—Llenaré un par de hojas.

—Está bien, doctor, usted gana.

Estábamos en el gabinete donde el doctor Laurent tenía todos sus aparatos. Me hizo una señal, diciendo:

—Puede usted vestirse.

Me dejó solo y él pasó a su despacho.

Había otra puerta que comunicaba con otras dependencias de la clínica.

Había terminado de vestirme y sólo faltaba ponerme la corbata, cuando se abrió aquella puerta y apareció la rubia platino.

—Oh, perdón, creí que no había nadie —dijo.

Me sonó a mentira. Ella sabía perfectamente que yo estaba allí.

—No se vaya, Simone... Puede usted hacer lo que quiera, ya estoy terminando. Me anudé la corbata, mientras ella simulaba ocuparse del aparato de rayos X.

—Señor Fabré —dijo.

—¿Sí?

—¿Escribe lo que vive?

—Desde luego.

Se volvió hacia mí con los ojos agrandados.

—En su última novela Tres mujeres para mí, se mete usted en un lío tremendo.

—Sí, con tres mujeres...

—¿Quiere decir que eso lo vivió?

—Desde luego.

—¿Y con las tres?

—Así fue, Simone, con las tres.

—Pero usted asegura en su novela que trataba de huir de ellas...

—Me vi obligado a ello. Había demasiadas personas interesadas en trocearme... Ella vino hacia mí, andando felinamente.

Era muy bella, con unos ojos verde claro, como el mar en Niza en algunos días de otoño.

—Tengo una curiosidad enorme por algo que usted cuenta.

—¿Qué cosa es, Simone?

—Su protagonista tiene una forma especial de besar.

—¡Oh, no! Mi protagonista besa como cualquier otro hombre...

—Ellas no lo creen así.

—Bueno, tenga en cuenta que he de poner algo para que mi protagonista posea ese «algo» tan especial y tan difícil de definir, ese «algo» que las mujeres desean que tenga un hombre...

Ya había llegado muy cerca. Entornó los ojos y dijo:

—¿Puedo pedirle un favor, señor Fabrè?

—No se preocupe, le dedicaré una de mis novelas, si la tiene a mano.

—No era eso, señor Fabrè.

—¿No?

—Quiero que me de un beso.

—¿Qué?

—Del estilo de su protagonista, ya sabe...

Guardé silencio durante unos segundos.

—Por favor, señor Fabrè...

Me lo pedía con tanta femineidad, con tanto cariño... Y después de todo, pensé, sólo se trataba de un experimento.

La estreché entre mis brazos y la besé. Sentí que se estremecía.

Aparté mi boca de la de ella.

—Más, señor Fabrè... —murmuró.

—Está bien, como usted quiera...

Yo estaba pensando en que el doctor me iba a tener a dieta. Sí, seguramente era mi última oportunidad.

La besé como un naufrago que ha estado noventa días en el mar, en una balsa, con la sola compañía del cielo y los peces.

En aquel momento oí un ruido a mi espalda.

—Señor Fabrè.

Me aparté bruscamente de Simone y ella se tambaleó y cayó en

el diván. El doctor nos observaba con los ojos agrandados y la boca abierta.

—No puede confiar uno en usted... Doy media vuelta y ya está usted haciendo lo que precisamente le he prohibido. Señor Fabré, su caso es de vida o muerte... Acabo de telefonear al sanatorio El Buen Reposo; le tienen preparada una habitación... Enciérrese en ella, si no quiere que le mande en un plazo muy breve una corona.

Abatido, resignado, tomé los papeles que me alargaba, en donde había escrito las prescripciones de mi caso.

—Gracias, doctor... Adiós, Simone... —dije con la voz de un hombre que van a enterrar. Salí del gabinete de la clínica dispuesto a encerrarme en aquella casa de reposo.

Las mujeres tenían la culpa de que yo hubiese acabado así. Después de todo, ¿por qué no me dejaban en paz? Soy un tipo de lo más normal, un hombre corriente.

Para que mis lectoras se enteren y dejen de enviarme cartas y de telefonearme, deben saber que mi talla es de un metro setenta y nueve, que mi rostro es parecido al de Gary Grant, que poseo en determinados casos la dureza de Marlon Brando, que mi sonrisa me convierte en un sosias de Paul Newman y que mi forma de actuar es similar a la de Kirk Douglas o Burt Lancaster.

¿Por qué me han de perseguir si soy un tipo la mar de vulgar?

Era un lugar maravilloso.

Por todas partes se veían montañas. Las había delante, detrás, a la derecha, a la izquierda.

El aire era fresco. Allí se respiraba bien. Y sobre todo, parecía muy tranquilo.

Empecé a creer que el doctor Claude Laurent había tenido razón al enviarme allí. Un hombre, de vez en cuando, necesita paz, tranquilidad, sosiego...

«Gracias, doctor Laurent. Usted me ha salvado la vida. A partir de ahora, mi hígado empezará a reponerse. No más alcohol. No más mujeres. Y volveré a ser un hombre sano y robusto...».

En aquel momento sonó un estampido, escuché un silbido junto a mi oreja y algo se enterró en el acolchado del asiento vacío que estaba a mi lado.

Lo que fuese, había entrado por la ventanilla. Pero sólo podía ser una cosa.

Una bala.

No, era imposible que las balas se criasen allí, entre aquellos árboles, entre las rocas. Las balas se fabricaban en otros lugares y sólo sirven para una cosa. Para matar.

Solté una maldición y frené el coche.

¿Quién diablos estaba cazando y me había confundido con un conejo? Miré hacia la izquierda, el lugar de donde había llegado el proyectil.

Vi moverse unas ramas.

Por un momento, pensé que podría salir del coche y echar a correr en busca de la persona que me daba la bienvenida.

Pero yo no tenía ninguna pistola que llevarme a la mano.

¿Y si se trataba de un loco?

Claro. ¿De qué otro modo se podría explicar que alguien me quisiese retirar de la circulación?

Era la primera vez en mi vida que viajaba por aquel lugar, y estaba seguro de que no conocía a nadie.

Al fin, se sobrepuso mi curiosidad y salté del auto.

—Eh, ¿hay alguien por ahí? —pregunté. De pronto, oí el ronquido de un motor. Otro auto llegaba.

La curva estaba próxima y era muy cerrada.

Al fin, le vi aparecer.

CAPÍTULO II

Se trataba de un «Tiburón» que por casualidad, era exactamente igual al mío, de color café con leche.

Manejaba el volante un hombre. Empecé a comprender muchas cosas.

El auto se detuvo con chirriar de frenos y el hombre asomó la cabeza por la ventanilla.

—Eh, amigo, ¿le pasa algo? —dijo.

Vi el rostro de un hombre de unos cincuenta años, de cabello gris, ojos negros, muy brillantes.

—No. Sólo me detuve a contemplar el paisaje —contesté.

—¿Va a la casa de locos?

—¿Hay un manicomio por aquí?

—Me refiero a ese sanatorio. Al Buen Reposo.

—Oh, sí, desde luego. Voy al Buen Reposo... Pero le aseguro que no sigo las prescripciones de un psiquiatra.

—Yo sí.

Instintivamente me llevé la mano a la cabeza.

—De modo que está usted...

—No, hombre, qué voy a estarlo. Sólo un poco nervioso... Verá, me han pasado un par de cosas últimamente... Imagínese. Iba a subir a mi canoa en Cannes y mi muelle particular se vino abajo. Por fortuna, quedé enganchado entre los escombros y me pudieron sacar. Eso hace dos semanas. Pero lo más gracioso ocurrió hace cinco días.

—¿Y qué fue eso más gracioso? —pregunté, acercándome a su ventanilla.

—Viajaba en mi coche deportivo, de marca inglesa, y cuando iba lanzado a más de ciento cincuenta kilómetros a la hora, apreté el

pedal del freno. ¿Y qué cree que ocurrió?

—Que tuvo que frenar poniendo el pie en el suelo.

Se quedó de muestra un instante y de pronto lanzó una carcajada.

—Oiga, amigo, eso estuvo muy bien. Si hubiera puesto el pie en el suelo, habría sacado chispas para encender un horno... No, amigo. No fue eso. Yo lo solucioné así... Cambié las marchas muy rápidamente. Fue todo un récord. Creí que no lo contaría porque estaba llegando a una curva. Pero logré tomarla a unos ochenta... Y, por fin, me salvé...

—Claro, y eso fue lo que le puso nervioso.

—¿No le parece que es para estarlo? Dos accidentes en tan poco tiempo son como para romper los nervios al más templado.

—Tres accidentes.

—Oh, no; dos.

—Le he dicho que tres —insistí—. Pero se libró del tercero por poco. Hace un rato pasó por aquí una bala y fue a meterse en mi auto.

—¡No me diga!

—Ahora ya estoy seguro de que se confundieron.

—¿Qué?

—Usted y yo llevamos un auto similar. Un «Tiburón» café con leche. Naturalmente, el proyectil estaba destinado a usted.

El hombre estaba más asombrado que antes. Su cara empezó a ponerse roja.

—No está usted hablando en serio. ¿Cuál es su nombre?

—Gaston Fabr . ¿Y el suyo?

—Marcel Turpin.

—Le apuesto doble contra sencillo a que sus dos accidentes anteriores tampoco fueron casuales, señor Turpin.

—¿Sugiere que los prepararon?

—De todas, todas.

—Oh, no puede ser.

—¿Cuánto tiempo lleva en El Buen Reposo, señor Turpin?

—Tres días.

—¿Acostumbra a salir del sanatorio?

—No. Hoy fue el primer día. Me llegó a Grenoble.

—Comprendo. Usted deb o decir en el sanatorio que iba a

Grenoble. Seguro que lo supieron muchas personas.

—Sí, claro. No tenía por qué guardar el secreto.

—Pues ahí lo tiene. En el propio sanatorio debieron avisar al asesino... Señor Turpin, alguien se quiere desembarazar de usted.

—Pero ¿por qué?

—Existen dos razones principales por lo que se mata. Me refiero, naturalmente, a razones lógicas. Amor y dinero... ¿Está de acuerdo?

—Desde luego.

—Examinemos: la primera razón... ¿Es usted casado?

—Sí.

—¿Qué clase de mujer tiene?

—Puede echarle un vistazo.

—No me diga que la trae en la maleta porque ya la hizo pedazos.

—¡Oh, no! Pero le puedo enseñar una fotografía. Sacó la fotografía de la cartera y me la dio.

A pesar del mucho aire que había en aquellos montes, me quedé sin respiración.

La señora Turpin era toda una diosa. Podía tener veintiocho años, o quizá tuviese treinta. Era un fruto en sazón.

—Oiga, usted debe tener cincuenta años, señor Turpin.

—Sí. Y Germaine sólo tiene veintisiete, Pero eso no es obstáculo para que nos queramos.

—¡Oh, sí! El amor es algo maravilloso. ¿Tienen hijos?

—No, todavía no.

—¿Dónde está Germaine?

—En nuestra casa, en París. No me gusta la forma en que lo pregunta usted.

—¿Por qué no?

—Usted supone que hay otro. Se equivoca. Ella es una santa.

Miré a Germaine. Sí, tenía cara angelical, pero en sus ojos noté algo raro. Algo que me hizo recordar las llamas del infierno.

—¿Dónde conoció a Germaine, señor Turpin?

—¿Otra vez con eso?

—Bueno, si no quiere contestar, será mejor que cada cual siga su camino. Recuerde que yo no tuve la culpa. Fue aquella bala que iba destinada a usted.

Dio un respingo en el asiento.

Yo ya había empezado a retirarme.

—Eh, espere un momento, señor Fabré.

—¿Decía algo?

—Todavía no me ha dicho a qué se dedica.

—Escritor de novelas policíacas.

—Caramba, es una buena profesión... Hace algunos años yo también pensó ser escritor.

—¿Lo logró?

—Claro que no. Heredé de un tío mío una fábrica de trajes de confección y tuve que dejar la escritura, los cuentos, las novelas, ya sabe...

—¿Qué tal le fue el negocio?

—Bastante bien. Hoy poseo cincuenta y seis fábricas diseminadas por Francia, Italia y Bélgica. Es posible que el traje que usted lleva puesto haya salido de mis talleres.

—Puede ser, porque no me fijo en una marca determinada. Me pongo lo que me va bien.

Me acerqué otra vez a la ventanilla mientras me rascaba la nariz.

—Ya ha contestado usted a la segunda razón, señor Turpin. Al parecer, posee usted una gran fortuna.

—Sí.

—Imagino que, si usted muriese, su mujer heredaría sus cincuenta y seis fábricas.

—Claro —otra vez la cara de Turpin se puso roja—. Lo que usted está imaginando es incalificable, señor Fabré.

Me quitó de un manotazo la fotografía de su mujer. El coche arrancó de pronto.

Tuve que dar un salto para que no me arrollase.

El «Tiburón» del señor Turpin se perdió en la siguiente curva. Lancé un suspiro.

Después de todo, hay ingenuos en el mundo. Gracias a ellos prosperan las personas ambiciosas. Como, por ejemplo, una mujer llamada Germaine.

CAPÍTULO III

El director del sanatorio El Buen Reposo se llamaba Alain Ferrin, y frisaba en los cincuenta y cinco años de edad, gordo, con muy poco cabello en la cabeza, y gafas de alta graduación.

—Conozco perfectamente su caso, señor Fabré. El doctor Laurent tuvo la amabilidad de darme los detalles... Creo que ha venido al sitio justo. Si usted sigue las prescripciones del doctor Laurent, estoy seguro de que podremos devolverle a la civilización y de que podrá rendir sus frutos... Nuestras aguas son magníficas, señor Fabré. Contamos hasta con una estación termal.

Poco después me encontraba en mi habitación. Me habían destinado la número 77. Llamaron a la puerta y di autorización para entrar.

Era una enfermera, una pelirroja esbelta, de mejillas ligeramente hundidas, y ojos grandes.

—Soy Marie Delmas, señor Fabré.

—¿Cómo está, Marie?

—Perfectamente. ¿Y usted?

—Un rato mejor desde que entró usted por esa puerta. Dígame qué noche tiene libre y nos iremos a Grenoble a cenar. Naturalmente, también bailaremos.

Ella levantó la barbilla.

—Señor Fabré, he recibido instrucciones del doctor Alain Ferrin.

—¿Y qué dice?

—Que debo tratarlo como si usted tuviese ciento noventa años.

—Pero, querida, yo no tengo ciento noventa años... Ni siquiera ciento ochenta y cinco... Y se lo voy a demostrar.

Fui hacia la enfermera, la abarqué por la cintura y la besé en los labios.

Marie se quedó muy quieta. Apartó mi boca de la de ella y dijo:

—Tiene usted unas décimas.

—¿Qué?

—Fiebre, señor Fabr .

—Creo que se ha quedado corta, Marie. Apuesto a que estoy ya por los cuarenta.

—Entonces, será mejor que se acueste.

Ella dio media vuelta y se dirigió hacia la salida.

—Marie, no se vaya.

—He de ir a por unas cuantas medicinas para usted.

—Olvide eso. Usted es la única medicina que yo quiero tomar.

—Señor Fabr , si no tiene usted formalidad, informará de sus irregularidades al doctor Ferrin.

— Y qué pasará entonces?

—Lo expulsarán de este sanatorio.

—Estupendo, Marie.  Qu  le parece si se toma sus vacaciones y las pasamos juntos en Grenoble?

La joven dio un suspiro.

—Señor Fabr , he visto la radiografía de su hígado.

—Vaya, lo celebro. Pase y yo le ense ar  el resto.

—Es usted un chiquillo.

— Usted cree? —le dije, mirándola de pies a cabeza.

Trat  de abrazarla otra vez, pero ella se retiró de un salto.

—No me toque, señor Fabr , o soy capaz de aplicarle una llave de judo.

—No lo creo.

—Será mejor que no conozca mis habilidades...

—Es lo que estoy deseando.

—Señor Fabr , según su médico de cabecera, el doctor Laurent, usted necesita un tratamiento muy intenso.  No se da cuenta de que se le ofrece una oportunidad para seguir viviendo? Sea sensato, y olv dese de que yo soy una mujer.

—Pero  c mo?

—Es la mar de sencillo. Vea en mí a un hombre.

— Con o sin bigote?

—Eso no me importa.

—Lo siento, Marie. Pero resultará imposible.

—En tal caso, no me queda más remedio que proceder de una

forma que no me gusta nada.

Me eché sobre ella para besarla.

No sé cómo se las arregló pero me vi volando por la habitación. Aterricé en el suelo y lancé un aullido de dolor.

Alcé la cabeza conmocionado.

—Eh, Marie, no hay derecho a tratar así a un cliente.

—Usted se lo buscó.

—¡Dios mío, mi hígado! —le dije, tocándome la parte donde está el hígado—. Ayúdeme, por lo que más quiera...

Vino hacia mí y me ayudó a levantarme.

Su contacto, su proximidad, me hizo el efecto de un frasco de sales aplicado a la nariz. Resucité.

—Marie, ¿le han dicho lo hermosa que es?

—Claro que sí. Y todo lo que diga usted me resulta ya conocido. ¿Quiere ser un enfermo bueno, o prefiere que lo siga mandando por el aire?

—Seré un enfermo bueno.

—Eso suponía, señor Fabr .

Me dejó sentado en la cama y salió de la habitación. Entonces, me dolió más el cuerpo. Hab  sido un buen golpe. Pero había valido la pena.

Llamaron otra vez a la puerta.

—Adelante, Marie.

Pero no era Marie, sino un tipo alto, de ojos saltones. No me gustó nada, especialmente el cuchillo que llevaba en la mano. Era un cuchillo de carnicero.

El tipo se dirigió a mí.

—Eh,  qu  va a hacer con eso? —dije, pegando un salto en la cama.

—No se mueva.

—Eh, amigo,  qu n es usted?

—El barbero.

— No necesito un corte de pelo!  Y ya me rasur  esta mañana!

—Lo voy a degollar.

—Hombre, un barbero no hace esas cosas.

—Jur  que se la haría pagar, y ya lo atrap  entre mis manos.

—Pero, hombre, yo a usted no lo conozco.

—Pero conoce bien a mi mujer.

—¿A su mujer? Ni hablar. No la conozco. ¡Lo juro!

—Me quiere robar el amor de Juliette.

—¿A qué Juliette se refiere?

—Como si no lo supiese. A mi esposa.

—Ya le he dicho que soy un recién llegado... —señalé la maleta

—. Mire, todavía está sin deshacer.

—No mienta, miserable. ¿Dónde está Juliette? ¿Dónde?

—¿Ha mirado debajo de su cama?

—Con que ahora se quiere hacer el gracioso, ¿eh?

—De ninguna forma. Mis chistes son los más malos del mundo, señor barbero. A propósito, ¿quiere que le cuente el del loro al que se le murió la pareja? Verá usted...

—¡Silencio!

—Sí, señor. Ya estoy callado.

Los ojos de aquel hombre me parecieron los de un asesino. ¡Y yo iba a ser su víctima!

Se estaba inclinando sobre mí. Pero yo no podía moverme porque me tenía al alcance de su cuchillo.

—Oiga, amigo —le dije con una gran rapidez mental—. Tengo una idea para que Juliette venga con usted.

—Hable.

—Dígame dónde está y yo la encontraré. Sí, señor, y además no tendrá que pagar los portes. Todo corre de mi cuenta.

—Mentira.

—¿Por qué no me cree?

—Porque lo que usted quiere es que lo deje libre para fugarse con Juliette.

—Pero, hombre, ¿cómo me voy a fugar si estoy metido en esta jaula de locos?

—Ande, dígame ahora que yo también estoy loco.

—¡Oh, no, de ninguna forma! ¿Cómo va a estarlo? Usted es una persona completamente normal. Le diré en secreto quién soy yo.

—¿Quién?

—Napoleón —dije, e hice desaparecer la mano bajo la camisa, en el estómago.

—Pues lo voy a mandar con Josefina.

—¡Y duro con eso! Yo no quiero, ir con Josefina ni con nadie. Además no necesita matarme, porque me voy a morir solo. Si no me

cree, pregunte al doctor Perrin... Tengo el hígado malito.

—Yo se lo voy a hacer puré. Levantó la mano con el cuchillo.

De pronto, lo sujetó alguien por detrás.

Aproveché el momento para rodar por la cama y dejarme caer en el suelo. El loco se puso a gritar como un energúmeno.

Me puse en pie y vi que dos enfermeros habían dominado ya a mi visitante.

—¡Ese miserable! ¡Me quiere quitar a Juliette! —decía el barbero. Me di cuenta de que estaba sudando desde la cabeza hasta los pies. Los dos enfermeros se llevaron al grandullón de los ojos saltones. Me dejé caer otra vez en la cama.

Aquél era el lugar que el doctor Claude Laurent me había destinado para mejorar. ¡Qué cosas tiene la vida! ¡Y qué amarga es la muerte!

Maldije al doctor Laurent.

CAPÍTULO IV

Llevaba media hora en el sanatorio cuando decidí largarme.

Era un hombre libre y por tanto, sólo tenía que atrapar mi maleta, meterla en el coche y a correr.

«No, muchacho. No debes quedarte aquí. Intentaron asesinarte cuando estabas de camino. Naturalmente, la bala no iba destinada a ti, sino a Marcel Turpin. Para el caso era lo mismo. La próxima vez se pueden equivocar y a lo mejor aciertan. Además, no necesitas un asesino misterioso para irte al otro mundo. Tienes al loco de los ojos grandes que está dispuesto a degollarte para impedir que te lleves a Juliette».

Llegado a este punto de mis pensamientos, decidí que lo mejor era largarme.

De pronto, sonó el teléfono.

Deseé que fuese el doctor Perrin, el director del sanatorio, y que la llamada fuese para preguntarme que tal me encontraba.

Me iba a oír el doctor Perrin.

Descolgué.

—¿Sí?

—Soy Marcel Turpin, señor Fabr .

Lo que me faltaba. El tipo que sufría un accidente cada siete días.

— Qu  tal, señor Turpin?  Ya le cayó encima la lámpara?

—He estado pensando en todo lo que usted me dijo y creo que tiene razón.

—Vaya, lo celebro.

—Quiero que se encargue del caso.

— C mo?

—Que investigue acerca de mis accidentes.

—Oiga, señor Turpin, no soy un policía.

—Lo sé.

—Tampoco soy un investigador privado.

—También lo sé, señor Fabr . Usted es un escritor de novelas policíacas.

—Celebro que lo recuerde.

—Pero usted probó ser inteligente, señor Fabr .

—Admito que soy inteligente, señor Turpin, pero me temo que el razonamiento que yo le hice a usted, lo habría hecho cualquier persona con sentido común. A usted se le hundió el muelle cuando fue a meterse en su motora y luego se averió el freno de su coche deportivo. Consulte las estadísticas y verá que es demasiado accidente para tan poco tiempo.

—Señor Fabr , yo estoy enamorado de mi mujer.

—Ya lo supongo.

—Por ello me he resistido a creer que Germaine estuviese envuelta en una cosa tan sucia...

—Lo siento, señor Turpin, pero si piensa que yo acertó, y estoy seguro de haber acertado, le aconsejo que avise a la policía.

—Es absurdo. No puedo hacer eso. Someter an a Germaine a un interrogatorio y si ella fuese inocente, destrozar a mi matrimonio.

—Pero  qu  quiere que haga yo?

—Estoy seguro de que usted será mucho más discreto que la policía...

—Señor Turpin, soy un enfermo... estoy malo del hígado y me aconsejaron mucho reposo. No puedo encargarme de su trabajo.

—Le pagar  lo que sea.

—Olv dese de mí, señor Turpin.

—Cinco mil francos.

—No.

—Diez mil.

—Señor Turpin, le repito que mi profesión no es investigar.

—Podría hacer una excepción por diez mil francos.

—No puedo abandonar el sanatorio cuando estoy en tratamiento.

—No tendría que abandonarlo por mucho tiempo. Mi mujer vendrá a Grenoble mañana.

— Ma ana?

—Sí, se va a instalar en un hotel para estar cerca de mí. Sólo hay treinta y dos kilómetros hasta Grenoble.

—¿En qué hotel se hospedará?

—En el Arcadia.

—Quiero que me diga la verdad acerca de sus relaciones con Germaine.

—¿Qué quiere saber?

—¿Qué era ella antes de casarse con usted?

—Mi secretaria.

—¿Cuándo se casaron?

—Hace tres años.

—¿Dónde la conoció?

—En París.

—¿Qué sabía de ella?

—Nunca le he preguntado acerca de su vida. Pensé que no me importaba, pero según los informes que recibí cuando se presentó en mi oficina, había trabajado anteriormente en otras firmas.

—¿Recuerda algunas?

—Sí, desde luego.

—Dígamelas.

—Inmobiliarias Vincent... Producciones Cinematográficas René Dupont...

—¿Hombres en su vida?

—Sólo uno.

—Usted, claro.

—No, no me refería a mí.

—¿Quién?

—Raymond Troubat...

—¿Qué sabe de él?

—Era actor. Trabajaba para las Producciones Cinematográficas Dupont. Bueno, también era uno de los socios... Creo que ese Raymond Troubat significó bastante para Germaine. Ella debió llegar a la conclusión de que Raymond nunca se casaría con ella y lo dejó.

—¿Fue eso lo que le explicó ella?

—Sí, desde luego.

—Imagino que, desde que ustedes se casaron, Germaine dejó de ser secretaria de usted.

—Naturalmente.

—¿Ha dejado frecuentemente a solas a su mujer?

—Realizo viajes de negocios... A veces, Germaine viene conmigo, y otras se queda en casa... Pero debo decirle inmediatamente que jamás he tenido sospechas de Germaine.

—¿Cree usted que su esposa lo quiere, señor Turpin?

—Yo juraría que sí.

—Disculpe, he hecho una pregunta estúpida.

—Señor Fabr , no le consiento que diga eso.

—Muy bien, si no lo consiente, búsquese otro investigador.

—Señor Fabr , no volvamos a pelear.

—Está bien. Voy a trabajar para usted y eso quiere decir que tendr  que romper la disciplina del sanatorio.

—Usted va a ganar diez mil francos.

—S , y es una cantidad que me gusta. Pero me hago una pregunta, señor Turpin. Si consiguen matarlo a usted,  qu n me va a pagar?

—Le firmará un cheque inmediatamente. De esa forma cobrar  usted aunque me maten.

—No está mal.

— Pero no quiero morir!

—Nadie quiere morir, señor Turpin.

— Yo soy el amenazado y no cualquier otra persona! Compr ndalo.

—Hemos centrado todo alrededor de Germaine. Podría tener usted otro enemigo.  Tiene algún socio?

—No, no tengo ninguno.

—Pero habr  enemigos en su profesión.

—Más que enemigos son rivales. Pero dentro del campo comercial no se asesina, señor Fabr ... Si yo muriese, mis fábricas seguirían marchando en la misma forma. Hace cinco años convertí mi negocio en una sociedad anónima. No, señor Fabr . Sinceramente, no creo que ningún rival quiera matarme. No conseguir  nada con ello.

—Está bien, señor Turpin. Acepto su encargo.

—No sabe cuánto se lo agradezco.

—Prepare el cheque.

—Se lo enviar  en un sobre cerrado.  De acuerdo, señor Fabr ?

—Sí, señor Turpin.

Dejé el auricular en la horquilla.

Mi voz interior me dijo que yo había cometido un error. Y para demostrarlo faltaba muy poco.

La muerte estaba muy cerca de mí. Tanto, que casi podía tocarla.

CAPÍTULO V

Amaneció un hermoso día.

A través de la ventana vi los picos nevados.

Aposté a que, fuera, el termómetro marcaría dos o tres grados, pero allí, en la habitación, me encontraba muy a gusto.

La calefacción es un invento muy bueno, hermano. A propósito de eso; necesitaba *whisky*.

Hay una calefacción interior y otra exterior. Sin embargo, en mi caso, el doctor Laurent me había dicho que nada de alcohol.

Llamaron a la puerta y autoricé la entrada. Era Marie.

Nada de mujeres.

Pero ¿qué infiernos hacía yo en el mundo?

—¿Durmió bien, señor Fabré?

—Tuve pesadillas. La llamé un par de veces, pero usted no acudió.

—Terminó mi turno a las nueve.

—En su lugar me enviaron otra enfermera.

—Es lógico.

—No me gustó la sustituta. Era fea y todo hueso.

Pasó por mi lado y la atrapé por la muñeca. La hice volverse y la besé. Ella echó la cabeza atrás.

—Señor Fabré, ¿quiere que lo deje aplastado contra la pared como una mariposa? Debe saber ya que tengo facilidad para el volteo.

—¿Qué clase de mujer es usted? ¿Un témpano de hielo? ¿No siente hervir la sangre en sus venas?

—No, señor Fabré.

—Es una lástima, porque usted y yo podríamos pasarlo un rato bien.

—Se supone que yo soy una enfermera y usted un enfermo.

—La pareja ideal, ¿no le parece?

—He de cuidarlo y no enfermarlo más.

—Pero ¿qué culpa tiene usted de ser atractiva, hermosa, bella...?

Me soltó un empujón en el pecho y me mandó tambaleándome hasta la cama.

—Señor Fabré, le ruego no se me acerque más.

—Pero usted me atrae como el imán, Marie... mire como mis manos se van hacia usted —levanté las manos, y efectivamente, se iban tras de ella.

A Marie le hizo gracia el chiste y se echó a reír.

Me gustó su risa. Era franca, jovial, la de una mujer llena de salud.

—No soy un personaje de sus novelas, señor Fabré.

—De modo que me conoce.

—Su editor tiene la costumbre de poner su fotografía en una de las solapas del ejemplar... Y a veces en la parte de atrás.

—¿Qué foto le gusta más?

—La que está con ciertas chicas, en un «Alfa Romeo». Son cinco mujeres de distinta nacionalidad. ¿Tuvo que ver de verdad algo con ellas?

—¡Oh, no! Fueron modelos que contrataron para publicidad. Es cierto que salí con ellas. Pero también fue publicidad.

—No le creo una palabra. Usted es uno de esos tipos aprovechados. Así está su hígado.

—Oiga, Marie, ¿quiere abandonar esa actitud profesional? No va a ganar nada con ello. Usted es un ángel.

Eso me hizo recordar a Germaine, el otro ángel. Tenía que investigar. Pero ¿cómo? Marie se metió en el cuarto de baño y regresó con un vaso, en donde dejó caer unas gotas.

—Tómese esto.

—¿Qué es?

—Medicina, y con eso le debe bastar.

—Caramba, ustedes aquí son muy cuidadosos. También se preocupan de dar las medicinas a los enfermos.

—Sólo el primer día, para que se pongan al corriente. Y como usted es un hombre sensato, a partir de mañana tomará las

medicinas usted —señaló un cuadrito que había en la pared—. Allí, en aquel cartón, tiene las prescripciones.

—Soy muy torpe. Tendrá que venir todos los días a darme las medicinas. Soy tan torpe que no me sé ni vestir. Ande, écheme una mano.

—No sea payaso y vístase usted.

—Pero si no tengo fuerzas ni para desabotonarme la chaqueta del pijama. Hágame el favor.

—Se lo va a hacer su tía. Hace un momento me hizo una demostración de que está muy bien de energías, cuando me besó. Además, no necesita vestirse. Ha de estar en la cama durante tres horas. Le traerán el almuerzo en unos instantes.

Marie me dio el vaso y bebí un trago. La medicina sabía a demonios.

—Bébala toda —dijo. La tuve que beber.

Luego, Marie se dirigió hacia la puerta.

—Eh, muchacha, quédese.

—No puedo. He de atender a otros dos enfermos —dijo, y salió de la habitación.

Hice mi higiene en el baño, y cuando salí, me encontré con un tipo que empujaba una mesa rodante.

No le había oído llegar.

Era alto, pelirrojo, e iba vestido de blanco.

—Su desayuno, señor Fabr .

Hizo una inclinación y se march .

No me gustó su cara. Era feo. Pero pens  que él no tenía la culpa de haber llegado tarde al reparto.

El desayuno era abundante, y entonces record  que no había preguntado cuánto me costaría la estancia all .

Claro, el doctor Laurent no me lo había dicho porque yo era un escritor de éxito. Mis novelas policíacas se vendían como rosquillas. Ya habían hecho tres adaptaciones a la pantalla y se habían traducido a cuatro idiomas.

La fortuna me sonreía, me hacía guiños.

Maldita fuese.  C mo podía decir eso cuando tenía un hígado convertido en

foie-gras

?

Tenía que tomarlo en serio, si no quería acabar en una fosa. El doctor Laurent me había dado seis meses de vida.

Haría algo ahora. Rescindiría mi contrato verbal con el señor Turpin. Sí, iría a su habitación y le diría que se buscara a otro investigador.

Decidido, me puse un batín ligero con rayas azules, con el que estaba muy agraciado, y salí de mi cuarto.

Otro camarero iba empujando una mesa rodante.

—¿Me puede decir la habitación de Marcel Turpin?

—La 104, al final del pasillo.

Fui a la habitación 104 y llamé a la puerta. Nadie me contestó y entré.

En la cama no había nadie, pero a un lado estaba la mesa rodante con el servicio del desayuno.

Corría el agua en el cuarto de baño.

—Eh, señor Turpin, ¿está tomando una ducha? Nadie me contestó y me introduje en el baño.

Me detuve como si yo fuese un robot al que se le parase la cuerda.

Pero era Marcel Turpin a quien en realidad se le había parado la cuerda. Estaba en el fondo del baño, cayéndole encima agua caliente.

De todo él salía una aureola de humo. Estaba rojo como un cangrejo. Lo habían achicharrado.

CAPÍTULO VI

Sus ojos estaban fijos y parecían decirme:

«Ya lo ves, amigo Fabr . Otro accidente. Aquí son muy descuidados. Quería tomar un baño caliente. Abr  la llave, y vaya si me calentó».

Me inclin  sobre él y vi que tenía un chich n en la cabeza.

No, naturalmente, aquello no había sido un accidente. A Turpin lo habían dejado sin conocimiento primero, y lo pusieron al baño después.

Eso estaba claro.

Llamaron a la puerta y salí al dormitorio.

Era el mismo camarero, el tipo que había llegado tarde al reparto de caras.

— No desayun  el señor Turpin? —dijo al ver que las bandejas no habían sido tocadas.

—Se quedó sin apetito.

—Vaya, qué mala suerte, porque hoy el desayuno era muy bueno.

— C mo te llamas? —le pregunt .

—Fernand Michel.

— Hablaste con el señor Turpin, Fernand?

—No, señor. Estaba en el baño.

— Pero lo viste?

—Claro que no. No acostumbro a entrar en el baño de los pacientes...  Pasa algo?

—Echa un vistazo y lo comprobarás.

Fernand Michel entr  en el baño y soltó una exclamación. Volvió al dormitorio dando traspiés.

— Dios mío, está muerto!

—Del todo, Fernand.

—Pero ¿cómo ha podido tomar un baño tan caliente?

—Tu argumento está falto de lógica, Fernand. Si te echan agua abrasando a la piel, ¿tú qué haces?

—Salto y grito.

—Y te apartas del agua caliente.

—Desde luego.

—Lo mismo habría hecho el señor Turpin.

—Ya entiendo. Usted quiere decir que sufrió un accidente. Que se golpeó en el baño, perdió el conocimiento, y luego le siguió cayendo el agua.

—Es posible.

—Señor Fabr , tendremos que avisar al director.

—Sí, al director y a la policía.

—Es el director quien tiene que llamar a la policía.

—Adelante, Fernand. Puedes empezar con los trámites.

Los dos policías se llamaban Jean Verrier y Hébert Brun.

Verrier era cincuentón, con la cara llena de arrugas, y Hébert Brun mucho más joven unos treinta años. Pero tenía cara de boxeador y no de policía.

Yo ya había contado tres veces de qué forma había encontrado al señor Turpin al llegar a su cuarto.

El motivo de mi visita era hablar con él. Lo había conocido durante el camino.

Naturalmente, no contó lo de la bala, ni lo que me había dicho Marcel Turpin de los dos accidentes anteriores.

Quizá estaba cometiendo una tontería, o pens  que sería demasiado lío para mí. Después de todo,  qu  pruebas tenía yo de que lo que le había pasado a Turpin no eran en realidad simples accidentes?

«Eres un traidor, Gaston Fabr . Tú sabes que no fueron accidentes.  Y qué me dices de lo de la bala?  Oh, s , claro! El proyectil fue disparado contra ti y no contra Marcel Turpin. Pero tampoco puedes contarles eso, porque ellos llegarán a la conclus n de que tú eres el tipo a quien querían quitar del medio. Bueno, después de todo, siempre estar s a tiempo de rectificar. Verrier y Brun parecen dos chicos simpáticos. Sabr n comprender».

El director del sanatorio, Alain Perrin, parecía muy tranquilo.

Claro, era un médico y los médicos están en contacto con la muerte.

La versión oficial del caso era la misma que la del camarero llamado Fernand Michel.

Marcel Turpin se había golpeado en el baño, perdió el sentido y todo ello le ocurrió cuando ya había abierto el grifo del agua caliente.

Son cosas que pasan. Hay personas a quienes les gusta enrojecer como los crustáceos que sirven en los restaurantes caros.

Oí decir al señor Perrin que se pondría en contacto con la viuda, en París. Pero yo juré que Germaine no estaría en París.

Tenía que hablar con ella en Grenoble. Y cuanto antes lo hiciese sería mejor.

No tenía dificultad alguna en vestirme y en largarme. Aquél era un sanatorio de lujo. No teníamos vigilantes. Daba gusto estar allí. A mi llegada, en el camino, me enviaron una bala. Una vez en mi cuarto, un tipo trató de degollarme con un cuchillo de carnicero, y a Marcel Turpin lo habían hervido en el baño. Por lo demás, era un lugar muy hospitalario, en donde se comía bien. Y había una pelirroja llamada Marie, todo un portento.

El hotel Arcadia era de primera categoría.

Entré en el amplio vestíbulo con divanes, sillones y mesitas.

Una rubia me sonrió, pero no era Germaine, y yo había ido allí por Germaine. En el registro conté tres empleados.

Uno de ellos, de cabello muy brillante y de bigote recortado, me recibió con una leve inclinación.

—Soy Gaston Fabré, y quiero hablar con la señora Turpin, una de sus huéspedes.

—Sí, justamente la atendí yo.

—¿Cuándo llegó?

—Hace dos horas, pero dijo que no se la molestase. Llegó cansada y quería reposar un poco.

—¿Hasta cuándo va a reposar?

—No lo dijo, señor Fabré.

Le di las gracias y me fui al vestíbulo.

Ocupé un sillón y me puse a leer un periódico. Por encima de las páginas vi que Cabello Brillante ya no me prestaba atención.

Dejé el diario y caminé hacia uno de los ascensores, el más alejado del registro. El botones tenía cara de avisado y no medía

más de un metro sesenta y cinco.

—¿Adónde va, señor?

—Cuarta planta.

El ascensor se puso en marcha y entonces saqué un poco de dinero.

—Mi amiga, la señora Turpin, llegó aquí, pero no recuerdo el número de su habitación. El botones demostró que era avisado. Tomó el dinero y dijo:

—Habitación 172, tercera planta... Es aquí, señor. Llamé con los nudillos en la habitación 172. Pasaron veinte segundos y llamé otra vez.

Al fin me abrieron la puerta.

Era Germaine. La conocí gracias a la fotografía, pero vista en carne y hueso ganaba mucho. Como un tres mil por cien.

Era una mezcla de Úrsula Address y Claudia Cardinale. Su cabello era negro, lo mismo que sus ojos, el busto alto y lleno. Había un no sé qué de altivez en la forma de enfrentarse conmigo.

—Soy Gaston Fabré. Usted debe haber leído alguna de mis novelas.

—No leo libros de economía —dijo.

—Lo mío no es eso, señora Turpin. Yo escribo sobre asesinatos.

—Una literatura demasiado barata.

Entré en la *suite*.

—No le he invitado a que pasase —dijo ella.

—¿Quizá molesto porque está con alguien?

Los ojos de la hermosa brillaron iracundos.

—No estoy con nadie, señor Fabré. Pero soy una mujer casada.

—Viuda.

—¿Eh?

—Su esposo murió.

—¡Salga inmediatamente de aquí!

—¿Por qué?

—No admito cierta clase de bromas.

—No es una broma, señora Turpin.

—Debe estar chiflado. Si mi esposo estuviese muerto, me habrían informado.

—Es lo que estará haciendo la policía en estos momentos. Tratará de informarle.

—No he recibido ninguna llamada de la policía.

—Sea lógica, señora Turpin. Supuestamente, usted se encuentra en París. Es allí donde la policía habrá llamado, a su casa...

—¿Ha dicho que se llama Fabré?

—Sí —contesté, y empecé a caminar hacia el dormitorio.

—Quédese quieto ahí.

Me volví.

—¿Qué le pasa, señora Turpin?

—No consiento que registre mi apartamento.

—Es curioso —le sonreí.

—¿Qué es lo curioso?

—Que diga que no registre su apartamento cuando su marido está muerto.

—Todavía no acabo de creerlo.

—Está bien. Si tiene alguna duda, atrape el teléfono y llame a la clínica El Buen Reposo. El director señor Perrin, la sacará de dudas.

Estaba muy atractiva con sus hermosos ojos agrandados.

—¿Cómo murió?

—Le dieron un baño de agua caliente. A decir verdad, el agua estaba en ebullición.

—¡Oh, no...!

—A su marido lo asesinaron, señora Turpin.

—¿Qué tonterías dice?

—Lo dejaron sin sentido antes de hervirlo.

—Señor Fabré, no voy a escucharlo ni un minuto más...

—¿O qué?

—O llamaré a la policía.

—Sí, quizá a ellos les interese todo lo de usted.

—¿Qué trata de insinuar?

Caminé rápidamente hacia el dormitorio. Ella gritó:

—¡No haga eso! ¡Vuelva aquí!

Yo abrí la puerta.

En el dormitorio, sentado en una silla, había un hombre, un tipo rubio, muy guapo, de ojos verdosos.

—Vaya —dije—. Es lo que yo suponía. El tercer lado del triángulo.

CAPÍTULO VII

El tipo rubio se puso en pie. Tenía un humeante cigarrillo en la mano derecha. Estaba en mangas de camisa y conservaba en sus labios una mancha de *rouge*. Aposté a que era el mismo *rouge* que empleaba Germaine en pintar su boca. Sencillo, ¿verdad?

Germaine habló por detrás de mí, al mismo tiempo que irrumpía en el dormitorio.

—No tenía derecho a hacer esto.

—No, y tampoco ustedes tenían derecho a cargarse a Marcel.

—¿Qué estupidez está diciendo? Nosotros no tenemos nada que ver con eso. El rubio intervino con una sonrisa:

—Germaine, ¿quién es el entrometido?

—Gaston Fabré. Un escritor de novelas policíacas, según él dice.

—Señor Fabré —dijo el rubio—, no compramos novelas. Continúe su ronda en esta planta.

—Vine aquí a algo más que a vender novelas.

—¿A qué cosa?

—A ponerlos en camino de la guillotina.

El rubio se echó a reír.

—Usted es un hombre muy melodramático, señor Fabré.

—Tengo que serlo para ganarme la vida.

—Entonces, búsquese un escenario. Aquí su actuación no tiene ningún éxito.

Me volví hacia la señora Turpin.

—¿Quién es su novio, señora Turpin?

—No diga eso.

El rubio vino hacia mí y en el camino arrojó contra la pared la punta del cigarrillo.

—Le voy a romper las narices, Fabré —ladró.

—Tranquílcese.

—Sólo me tranquilizaré cuando lo haya arrojado de aquí dando vueltas.

—No lo intente.

—Ahora lo verá.

Me tiró el puño a la cara y yo salté a un lado.

Su puño se estrelló contra la pared y lanzó un aullido.

Se puso a saltar a la pata coja y entonces, le pegué en el estómago.

El rubio se deshinchó como un globo a quien un niño hubiese pinchado con un alfiler. Se derrumbó en el suelo y allí quedó soltando maldiciones.

Me volví hacia Germaine, cuyo rostro estaba muy pálido.

—¿Cuál es el nombre del Romeo?

—Es usted un gusano.

—Si yo soy un gusano, él es un hongo. Ande, dígame cómo se llama el hongo.

—León Orcel.

—¿Cuánto tardaron usted y él en cargarse a Marcel?

—Es usted un pobre imbécil.

—Muy bien. Entonces, llamaré a la policía.

Caminé con aire resuelto hacia la mesilla de noche, donde estaba el teléfono.

—No haga eso —dijo la señora Turpin, casi en una súplica.

—Lo siento, pero ustedes no me han dejado otra alternativa.

—León y yo no tenemos nada que ver con la muerte de Marcel. Se lo juro.

Me volví hacia ella y la señalé con el brazo extendido.

—Lo intentaron tres veces, y siempre fallaron... Primero produciendo aquella catástrofe en el muelle, cuando su marido se hundió con los tableros. Pero se salvó milagrosamente. Después con el freno del coche deportivo. Uno de ustedes lo averió... Ayer hicieron la tercera puesta en escena. Le mandaron una bala cuando él subía con su coche al sanatorio... Tampoco tuvieron éxito. Aunque estuvieron a punto de cargarse a otra persona por equivocación. ¡A mí! Pero ustedes dos no estaban dispuestos a renunciar... Y hoy por fin, lo lograron.

—¡No sabe lo que dice! —gritó Germaine—. Jamás intenté

matar a Marcel. Nunca. ¿Lo oye?

—Bueno, quizá usted no fue la mano ejecutora. Eso fue cosa del bueno de León. Ustedes lo planearon juntos y León era el encargado de la dirección escénica.

—¡Oh, no, se equivoca! León nunca quiso matar a Marcel.

—Ande, trate de meterme en la cabeza que todo fue casual... Ella hizo un gesto negativo.

—Desde un principio supuse que trataban de matarlo.

—Vaya, eso sí que es interesante.

—Creí que lo del muelle había sido accidente, pero cuando se repitió con el coche, me dije a mí misma que alguien quería matar a Marcel.

—¿Quién?

—Y yo qué sé.

Sonreí con sarcasmo.

—¿Sabe una cosa, señora Turpin? No podrá convencer con eso ni a un niño. Es lo que le dije yo antes. Los dos están camino de la guillotina, y cuanto antes se den cuenta, será mejor para ustedes.

—¿Qué trata de sugerir?

—Que hagan una confesión en toda regla. Los jurados en Francia son muy benévolos cuando está el amor por medio. Usted es muy hermosa, señora Turpin, y todo el mundo comprenderá que cualquier hombre se puede enamorar de usted. Y tenemos al rubio, que también es un buen mozo... Entre los jurados también hay mujeres, y estoy seguro que en cuanto León les sonría, podrá contar con sus votos... Pero deben relatar una historia muy romántica. Ya saben; un amor imposible, desgarrado. Ustedes lucharon contra su propio destino y usted, una mujer casada, forcejeó día y noche por salvar su matrimonio con Marcel.

—¡Cállese! —chilló Germaine.

—Sólo trataba de ayudarles, aunque no se lo merecen.

—Usted no nos ayuda absolutamente nada, señor Fabré... León y yo somos inocentes.

—Antes contésteme. ¿Desde cuándo conoce a León?

—Desde hace tres meses.

—¿Por qué vino León aquí?

—Le dije que no me siguiese... Yo quería hablar con Marcel del divorcio. Le dije a León que se mantuviese apartado de mí durante

una semana. Naturalmente, le pondría al corriente por teléfono.

—¿Pensó que Marcel le concedería el divorcio?

—Pensé que sería difícil, pero no perdí la esperanza de lograrlo. Al fin y al cabo, entre Marcel y yo no existía nada. Ni siquiera habíamos tenido un hijo. Su rubio se puso en pie apretándose el estómago.

—¿Por qué sigues hablando con ese puerco, Germaine?

—Nos tiene atrapados.

—Y un cuerno. No tenemos nada de qué avergonzarnos.

Reí con ironía.

—Claro, el amor de ustedes es lo más puro del mundo...

Los ojos del rubio se congestionaron.

—Oiga, Fabré, deje los sarcasmos para sus lectores... Lo que ella le ha dicho es verdad. Nunca pensamos en matar a Marcel...

—Claro, ¿qué van a decir ustedes? Pero hay una cosa clara.

—¿A qué se refiere?

—A la enorme fortuna de Turpin. Ustedes no podían renunciar a ella. Por otra parte, estaban seguros de que Marcel no consentiría el divorcio. Así las cosas, decidieron hacer la gran jugada. Si mataban a Turpin, suprimían el obstáculo que se interponía entre ustedes, y al mismo tiempo conservaban las cincuenta y seis fábricas de ropa confeccionada, que deben valer un buen montón de millones.

—Está fantaseando —exclamó el rubio.

—Esperen a oír al fiscal. Quizá entonces se den cuenta de que no les hablé en broma cuando me refería a la guillotina.

El rubio hizo un movimiento rápido con la mano izquierda y sacó una pistola del bolsillo de la chaqueta.

Se hizo un silencio en la estancia.

Miré el negro agujero de la pistola que me apuntaba y dije:

—No cometerá el error de matarme.

—Según usted, Germaine y yo hemos quedado listos, todo está en contra de nosotros. No maté a Turpin, pero si me van a cargar el muerto, da lo mismo uno que dos.

Era muy lógico el rubio. Pero el segundo muerto iba a ser yo y eso no me gustaba tanto. A decir verdad, no me gustaba ni pizca.

Maldije el momento en que me encontré por primera vez con Marcel Turpin. Iba a morir, y aquella muerte me parecía la más estúpida del mundo.

CAPÍTULO VIII

—No dispaes, León —dijo Germaine.

—No te metas en esto.

—Te mancharías las manos de sangre.

—¿Es que no lo has oído? Nos van a poner la cuerda en el cuello por algo que ninguno de los dos hicimos.

Quise aprovechar aquel momento de indecisión.

—Si están diciendo la verdad, no tienen nada que temer.

—Ya lo has oído, León —repuso Germaine con voz esperanzada—. Todo se puede arreglar.

—No lo creo —rezongó el rubio.

—¿Por qué no?

—Porque yo estuve en el sanatorio...

—¿Qué?

—Sí, Germaine, no te lo dije. Fui esta mañana.

—¿A qué fuiste?

—A hablar con tu marido, naturalmente. Quería convencerlo para que consintiese en el divorcio.

—¡Dios mío! ¿Eso hiciste?

—No, no llegué a hablar con él... Me arrepentí cuando llegué al sanatorio. No llegué a entrar, pero me vieron.

—¿Quién te vio?

—Un enfermero. Vino hacia mí y me preguntó qué deseaba. Yo le dije que sólo había ido allí a dar una vuelta. Me quedé en el coche fumando un cigarrillo cuando él entró en el sanatorio. Luego me marché... Te juro que es cierto, Germaine. No llegué a ver a tu esposo... ¿Te das cuenta? Os escuché a través de la puerta. El señor Fabré dijo que mataron a Marcel en el baño. Lo dejaron sin sentido y luego le dejaron caer agua hirviendo... Todo está en contra de mí.

Dirán que lo hice yo, y naturalmente, también quedarás involucrada.

La joven se apoyó en la pared mientras se apretaba las sienes con la mano.

—¡Dios mío, tienes razón...!

—Sólo podemos hacer una cosa —dijo el rubio—. Huir.

—¿Los dos?

—Claro. No te preocupes. Sé arreglármelas. Cruzaremos la frontera italiana. Conozco un lugar en donde podemos hacerlo. Tengo dinero y todo saldrá bien.

—No se lo aconsejo —dije yo.

—Usted se calla. Lo voy a matar por entrometido...

—Si yo estuviese en su lugar, no me precipitaría en apretar el gatillo.

—No está en mi lugar y por tanto, su opinión no cuenta para nada.

Levantó el arma y yo me dispuse a saltar sobre él porque no quería morir como una oveja en el matadero.

—No dispaes, León —repitió Germaine.

—Tengo que hacerlo, querida.

—¡Oh, no! Tú y yo somos inocentes. No matamos a Marcel. No debemos estropearlo ahora cometiendo un crimen. Sería absurdo. ¿Es que no lo comprendes, León?

León miró a Germaine y yo aproveché el momento para saltar sobre él.

Fue fácil. Le golpeé en la muñeca armada.

La pistola cayó en el suelo y León dobló la rodilla soltando otro grito de dolor.

El guapo rubio estaba recibiendo lo suyo. Y ahora recibió más porque le solté un puñetazo en la mandíbula.

León Orcel cayó en el suelo hecho un ovillo.

Al ver aquello, Germaine escondió la cara entre las manos y se puso a sollozar. Tomé la pistola del suelo y apoyé el cañón en la cabeza de León Orcel.

—Vas a decir ahora la verdad.

—Ya la dije —exclamó haciendo muecas de dolor.

—Tú mataste a Marcel Turpin.

—No.

—Lo mataste para poderte casar con ella y disfrutar de los millones de su cadena de negocios.

—Le digo que está equivocado. Yo no lo maté.

—Ayer disparaste una bala contra mí. Naturalmente, sufriste una confusión. Creíste que era Marcel Turpin.

—Yo no disparé esa bala. No pude hacerlo. No estaba aquí.

—¿Dónde estabas?

—En París.

—Eso no te lo puedo creer.

La señora Turpin dijo:

—Es cierto. Él estaba en París. Marcel me telefoneó desde Grenoble pidiendo que viniese a esta ciudad, al Arcadia. Me quería tener más cerca. Me aseguró que se encontraba mejor de los nervios y que se restablecería totalmente si yo pasaba dos o tres días en Grenoble. León estaba conmigo en el momento en que recibí la llamada. Le dije lo que quería mi marido y él se opuso rotundamente a que me reuniese con él. Entonces le dije que estaba decidida a hablar con Marcel, a pedirle el divorcio. Al fin conseguí que León accediese.

—¿Viajaron juntos desde París hasta Grenoble?

—No. Le dije a León que me esperase en París.

—Así que le dio la sorpresa presentándose hace un rato.

—Sí, señor Fabr . Las cosas han pasado así, aunque usted no lo crea. En aquel momento se abrió bruscamente la puerta.

Dos hombres penetraron en la estancia.

Ya los conocía. Eran los policías Jean Verrier y Hébert Brun.

Se hicieron cargo de lo que pasaba all  y entonces Verrier dijo:

— Se ora Turpin?

—S , yo soy —contest  Germaine, levantando la barbilla.

—La supongo informada por el celoso señor Fabr  de lo que le ha ocurrido a su esposo.

—S . Tuvo la amabilidad de comunic rmelo.

Verrier mir  al rubio.

— Qui n es el caballero?

—Me llamo León Orcel.

— Quiz  hermano de la señora? —Había una gran carga de ironía en la voz de Verrier.

—No, no soy hermano de la señora —contest  León.

—Señor Orcel —dijo Verrier—, según parece, usted estuvo en el sanatorio El Buen Reposo esta mañana. Será mejor que no lo niegue. Hablé con un enfermero y me dio su descripción.

El rubio repuso, sacudiendo la cabeza:

—No lo puedo negar. Estuve allí.

Verrier le dirigió una sonrisa.

—Gracias por todo. Señor Fabr ,   quiere esperar en el corredor en compañía de uno de nuestros colegas? El señor Brun y yo hemos de hablar a solas con la señora Turpin y el señor Orcel. Usted sabr  disculparnos,   verdad? Pero no se vaya. También quiero charlar con usted... Por favor, antes de salir entregue al señor Brun esa pistola.

Entreg  el arma al señor Brun y salí de la habitación.

Me encontr  en el vestíbulo con un policía que no conocía.

El caso estaba listo. La señora Turpin y el rubio Orcel iban a ser dos buenos clientes del fiscal, y me pregunt  si también lo serían del verdugo.

Saqué mi paquete de cigarrillos y se lo alargó al policía.

—No, gracias, no fumo —dijo.

Fum  y pens .

Habían pasado unos quince o veinte minutos cuando se abrió la puerta y salió Verrier. Me dirigió una mirada furiosa.

—Conque ha jugado por su cuenta...

—Me vi complicado en el asunto y...

—Y usted creyó que los policías no le comprenderíamos.

—Es posible.

—Claro, ustedes los escritores, siempre pintan a los policías con intenciones no muy claras... He leído alguna de sus novelas,   sabe?

— Cu nto honor...!

—Pero no me gusta la forma en que su protagonista lo soluciona todo. Nunca echa mano de la policía.

—Verá, inspector, el público ya se cans  un poco de los héroes habituales. Hay que buscar otra clase de protagonistas, pero yo no tengo nada contra los policías, se lo aseguro.

—Dejemos eso.

—Como quiera.

— Sabe que podría detenerlo?

— Por qué, inspector?

—Usted lo sabe bien. Ha estado obstaculizando nuestro trabajo.

Eso está castigado por la ley.

—Perdón, inspector, pero yo no obstaculicé nada. Cuando encontré el cadáver lo puse en conocimiento del director.

—El señor Turpin fue objeto de tres atentados. Usted lo sabía.

—No diga eso, inspector. El señor Turpin me contó algo de un muelle que se vino abajo cuando estaba encima de él, y también se refirió al fallo de los frenos en un coche. Yo no fui testigo de esos dos hechos, de modo que no podía opinar si en ellos pudo intervenir una mano criminal. En cuanto a la bala, ¿quién le dice que no trataron de matarme a mí? Fue en mi asiento donde se enterró.

—Está bien, podrá marcharse en cuanto mi compañero Guinard saque la bala del asiento. Supongo que continuará allí.

—Sí, inspector. Debe estar en el tapizado. ¿Me puede decir qué va a pasar con la señora Turpin?

—La detengo por sospecha de asesinato.

—¿Y León Orcel?

—Por el mismo cargo.

—¿Cree usted de verdad que lo hicieron ellos?

—¿Lo ve usted? —sonrió el inspector—. Es sólo un escritor de novelas policíacas, pero yo soy un profesional.

—Eso no contesta mi pregunta.

—Claro que la contesta. Nosotros buscamos una razón para matar —señaló la puerta—. Y esos dos tenían una muy buena para desembarazarse del señor Turpin. Un futuro matrimonio y una gran bolsa de millones.

—Sí, creo que tiene usted razón.

—Celebro que esté de acuerdo conmigo —dijo Verrier con voz no exenta de ironía—. En lo sucesivo, recuerde que usted sólo escribe novelas y que nosotros descubrimos a los criminales.

—Haré todo lo posible por no olvidarlo, inspector —contesté, y me puse en marcha por el corredor.

El policía llamado Guinard vino conmigo para sacar la bala del coche. Al cabo de diez minutos terminó su trabajo y dijo:

—La bala pertenece a una «Luger». Se libró de buena, señor Fabré, si la dirigieron contra usted.

—Sí, la dirigieron contra mí.

—Entonces, felicítese por su suerte. Hasta la vista.

Puse en marcha el auto y lo hice subir por la carretera. Al llegar al punto donde el día anterior faltó poco para que me matasen con una «Luger», no pude por menos que recordar a Turpin, el ingenuo fabricante de ropas que se había casado con una hermosa mujer llamada Germaine.

Bien, todo había terminado antes que pudiese complicarse. Ante mí tenía unas buenas vacaciones. Al fin y al cabo, el doctor Laurent podía tener razón y me hacía falta la paz, el reposo.

Al entrar en mi cuarto, vi a Marie de espaldas y se acabaron mis buenos deseos. Ella no se había dado cuenta de mi presencia. Estaba curioseando en mi maleta. Llegué por detrás de ella, la abarqué, y la besé en el cuello.

Marie dio un grito y volvió la cara, lo cual fue una buena ocasión para besarla en los labios.

—¿Quiere soltarme? —dijo haciendo un mohín.

La solté un momento, para que pudiésemos respirar.

—¿Qué buscabas en mi maleta, Marie?

—Me gusta ver las maletas de los hombres.

—¿Has visto muchas?

—Algunas.

—Voy a sentirme celoso.

—Pero ¿qué tonterías dice usted? —dijo ella.

Empecé a creer que Marie tenía también sangre en las venas. Sí, me daba la impresión de que el témpano de hielo se derretía.

—Sea bueno y déjeme marchar.

—¿Cuándo volverás?

—Dentro de media hora le corresponde tomar otra medicina. Yo se la daré.

—¿Por qué no me la das ahora?

—No puedo pasar por alto las prescripciones del doctor.

Se deslizó de entre mis brazos y caminó hacia la puerta.

—Hasta luego, señor Fabré.

—Llámame Gaston, y tutéame.

—Como tú quieras, Gaston —dijo, y salió.

Me froté las manos. Sí, la cosa marchaba bien. De pronto, llamaron a la puerta.

Pensé que era otra vez Marie y acudí a abrir listo para recibirla con un beso.

Pero no era ella, sino un tipo en pijama. Podía tener sesenta años. Tenía las mejillas y las sienes hundidas y los ojos metidos en las cuencas. Si a mí me quedaban seis meses de vida, a aquel tipo lo enterrarían en unas horas.

—Soy Pierre Delon, el paciente de la habitación 115.

—Tanto gusto.

—Usted es el señor Fabré.

—Así es.

—¿Puedo entrar?

Me fijé que guardaba su mano derecha en el bolsillo. Demonios, me las tenía que ver con otro loco, pero en aquel bolsillo no cabía un cuchillo de carnicero, sino una pistola.

—Oiga, señor Delon, ¿qué le parece si nos vemos más tarde? —sugerí—. Me disponía a descabezar un sueño porque me levanté temprano y sufrí muchas emociones.

—Sí, ya sé, sufrió una gran emoción por lo que le pasó a Marcel Turpin. Precisamente fue él quien me dio esta carta para usted.

Me dejó perplejo. Había sacado la mano del bolsillo y efectivamente, allí tenía una carta.

—¿Cuándo le dio eso el señor Turpin, Delon?

—Esta mañana.

—¿A qué hora?

—No lo recuerdo, pero fue antes de que él tomase ese baño caliente. Yo entré en su cuarto para jugar una partida de ajedrez, pero él me dijo que le dolía la cabeza y que dejaríamos la partida para la tarde. Me iba a marchar cuando me pidió que le entregase a usted la carta. Se me olvidó, ¿sabe? Pero ahora, de pronto, la vi sobre la mesilla de noche y me dije que debía cumplir el encargo, máxime cuando él está muerto.

—Es usted muy amable, gracias.

Fue a marcharse, pero se detuvo.

—¿Juega usted al ajedrez, señor Fabré?

—Perdone, pero me lo prohibió mi doctor.

—Qué lástima —dijo Delon, y se marchó.

Apenas quedé a solas, miré la carta que tenía en las manos. Yo también había olvidado algo, como Delon. El cheque de los diez mil francos, pero naturalmente, ahora no podía aceptar aquel dinero.

Rasgué el sobre y extraje su contenido.

Entonces recibí la sorpresa mayor. Con el cheque había una carta cuyo contenido decía así:

«No deje de asistir a la exhibición del 23 de abril próximo en la casa de Nicole Terrier, en París. Quédese con el modelo “Tentación”. Vale un millón de dólares. Es por lo que a mí me van a matar. Cuídese. No trate de salvar a mi mujer de momento. Ella podría estar implicada. Como ve, lo engañé a usted. Yo también sabía que no eran accidentes. Traté de refugiarme aquí, pero me he dado cuenta de que ya es inútil. No me sirve la policía. Ellos pueden más. Llegó mi hora y debo resignarme. Adjunto el cheque por los diez mil francos».

Abajo estaba la firma de Marcel Turpin.

Retrocedí unos pasos y me dejé caer en un sillón. Aquello era fascinante. Leí la carta otras dos veces.

Bien, estaba claro. Yo debería ir a París y comprar aquel vestido, el modelo «Tentación». Probablemente su coste estaría entre los quinientos y los mil francos, pero según decía Turpin, aquel modelo valía un millón de dólares.

Iba a hacer un negocio redondo. Pero ¿por qué un vestido podía valer tanto?

«Eres un estúpido, Fabré. Has olvidado lo más importante de todo. Esa carta está escrita por un hombre que tenía los nervios rotos. Vino aquí al sanatorio para reponerse, pero Turpin estaba mucho peor de lo que tú imaginabas. Estaba tan mal que llegó a escribir una carta como la que ahora tienes entre las manos. Es una carta de un loco. No le des más vueltas».

De repente, me vino algo a la memoria.

Marie.

Pero ahora no hice hincapié en los encantos de la enfermera pelirroja. Había sorprendido a Marie curioseando en mi maleta.

Levanté la carta.

«Es esto lo que ella quería, Gaston. Está claro. ¿O te estás precipitando demasiado, muchacho? ¿Por qué infiernos Marie

quería atrapar esto? ¿Acaso conoce ella el significado? Oh, sí, todas las mujeres están locas por los vestidos, pero ella no conoce el modelo “Tentación” que se va a exhibir el día 23».

Miré mi reloj cronógrafo. Hoy era el día 22. Así pues, la exhibición tendría efecto al día siguiente.

No podía perder tiempo. Debía trasladarme a París.

«Pero ¿qué dices, Gaston? ¿No llegaste a la conclusión hace un momento de que se trataba de la carta de un loco? ¿No sería mejor que te ocupases de tus propias cosas, por ejemplo de tu hígado?».

Doblé la carta y la guardé en el bolsillo.

Paseé de un lado a otro de la habitación fumando un cigarrillo.

En un momento dado, la puerta se abrió dando paso a Marie. Traía una sonrisa en los labios.

—¿Ves? Ya estoy aquí.

Se colocó delante de mí, me puso una mano en cada hombro y me besó en los labios. Me olvidé de todo y la estreché contra mí. Empecé a sentirme mejor del hígado.

—Gaston, tu medicina —dijo, y se apartó. Tomó una botella y se fue al cuarto de baño.

Sonreí para mis adentros. La pelirroja se había puesto a tiro.

Sí, el doctor Laurent había sido un hombre muy servicial al aconsejarme aquel sanatorio. ¡Qué cuarenta y tantos días iba a pasar allí...! De lo mejor.

Marie salió dando vueltas a una cucharita en un vaso.

—Anda, bebe esto, Gaston.

Vi el líquido azul que contenía el vaso y sentí un escalofrío en la nuca. ¿Y si fuera un somnífero? ¿Sabría ya la pelirroja que Delon me había entregado la carta de Turpin?

En tal caso podía ser veneno.

Vi sus ojos luminosos, su sonrisa, y ahora me pareció que toda ella estaba impregnada de un halo diabólico.

—Anda, bebe —dijo, tendiéndome el vaso.

Lo tomé con mi diestra.

—Eh, oye —dije, yendo hacia la mesilla de noche—. Ahora no estoy para medicinas... Pensemos en nosotros dos.

—De ninguna manera —repuso—. Quiero decir que primero vas a tomar la medicina y luego seguiremos con lo nuestro.

Me había seguido y ahora, al volverme, me acarició la oreja. Con

la otra mano, empujó el vaso hacia mis labios.

—Bebe.

Me hizo recordar a Lucrecia Borgia cargándose al duque que le resultaba antipático. Entonces, simulé que se me caía el vaso. Se hizo añicos en el suelo.

—Estúpido, ¿qué has hecho? —exclamó.

—Eh, querida, no es para tanto.

—Lo siento, Gaston, pero no te preocupes, ahora te preparo otra vez la medicina. La retuve del brazo.

—No hace falta, dulzura, yo mismo me la prepararé luego, cuando hayamos terminado lo nuestro.

En aquel instante, la puerta se abrió y una voz seca, dijo:

—Suéltela.

Miré hacia allí y vi al hombre de la cara fea, aunque ahora lo más feo no era su cara, sino la pistola «Luger» que empuñaba.

CAPÍTULO IX

—Eh, amigo, baje esa arma, se le puede disparar —le dije.

—Se me disparará.

—No tiene derecho a estropear a una mujer tan hermosa como ésta —dije, y traté de servirme de Marie como escudo.

Pero ella dio un salto y se alejó de mí. La miré a los ojos.

—Eh, Marie, ¿qué pasa aquí?

—Fernand te lo dirá.

Miré a Fernand.

—Hable, muchacho.

—Deme lo que recibió.

—No me llegó nada. Pero si se espera hasta mañana, quizá una de mis chicas de París me envíe cualquier cosilla.

—No se haga el ingenioso, sabe a qué me refiero.

—No, no lo sé.

—Voy a tener muy poca paciencia con usted, pero sólo muy poca. El señor Pierre Delon le dio una carta que le envió Turpin.

—Ah, se refiere a eso.

—Exactamente.

—Lo siento, pero llega tarde. La rompí.

—¿Rompió la carta?

—Sí. Eso le he dicho.

—¿Dónde están los pedazos?

—Los arrojé por el inodoro.

—Muy gracioso.

—Es mejor tomarlo como chiste, ¿verdad? Así tomo yo la vida —sonreí simpáticamente—. Pero todavía no me habéis explicado cuál es el juego que os traéis entre manos...

Hubo un silencio.

Observé otra vez a Marie. Sus ojos me miraron con dulzura.

—Querido... ¿Por qué no eres más complaciente?

Caminé hacia ella.

—Pero, cariño, si yo quiero ser el hombre más complaciente contigo.

—No me toques.

—Oye, según entiendo yo las cosas, un hombre que quiere ser complaciente con una mujer necesita tocarla, y mucho.

Fernand Michel dejó oír su voz:

—Si le pones la mano encima, te meto una bala en los intestinos.

Naturalmente, no puse mi mano encima de Marie. Uno puede esperar a que su hígado se estropee porque es algo que puede evolucionar, pero una bala en los intestinos es algo muy grave y demasiado repentino.

—Fernand —dije—. Te prohíbo que me sigas señalando con esa pistola. Y por si no lo sabes, aquí sólo ocupas un lugar secundario. Los protagonistas somos Marie y yo. Ahueca el ala y déjanos en paz.

Marie se retiró de mí dos pasos y puso los brazos en jarras.

—Eres encantador, Gaston.

—Gracias.

—Pero también eres un pedazo de idiota.

—Retiro las gracias.

—¿Es que vas a dejarte matar por algo que no comprendes?

—¿Qué es lo que no comprendo?

—Imagino que lo que Turpin dijo en la carta no tendrá sentido para ti.

—Muy poco.

—A eso me refería. De modo que será mejor que nos des esa carta y continúes en este sanatorio reposando como te recetó el doctor.

—Pero, querida, ya te he dicho que rompí la carta.

—Y yo no lo creo.

—Qué pena que seas tan escéptica, con lo bonita que eres. Palabra que había soñado con que tú y yo formaríamos una gran pareja durante las próximas semanas.

Marie hizo una señal a Fernand. Éste sacó algo del bolsillo y lo puso en la pistola. Era un silenciador.

—Eh, ¿qué es eso? —pregunté, a pesar de todo.

—La muerte suave —dijo Marie.

—Sólo quiero morir en tus brazos, querida.

—No te preocupes, te daré un beso cuando estés a punto de expirar. Así te irás al infierno con el sabor de mis labios.

—Oye, has hecho la letra de una canción. Si le ponemos música, ganamos el festival de San Remo.

—Basta de tonterías —gritó Fernand—. Voy a contar hasta tres, y si para entonces no me has dado la carta, te emplomo.

—Por mí puedes contar hasta diez.

—Uno —dijo Fernand.

—Hasta siete —dije yo.

—Dos...

—¡Tuya es la carta! —grité con todas las fuerzas de mis pulmones.

—Sácala de una vez.

—Está en mi bolsillo.

Marie picó.

Se lanzó sobre mí para sacar la carta de mi bolsillo.

La atrapé por un brazo y le solté un empuellón hacia Fernand. Yo la seguí en su carrera. Fernand titubeó porque, naturalmente, si hubiese disparado, la bala habría sido para la pelirroja.

Empujé otra vez a Marie antes de que ella se repusiese y entonces chocó contra Fernand.

Pegué un salto en la siguiente fracción de segundo.

Mi puño se estrelló contra la cara de Fernand.

Marie quiso poner en práctica sus malas artes aprendidas en el judo. Me tomó de la muñeca, pero yo también había aprendido judo y estaba harto de su volteo.

Me la quité de encima con limpieza y seguridad.

Marie voló por el aire y cayó sobre Fernand. Los dos se desparramaron por el suelo. Ocurrió algo con lo que no contaba.

Fernand seguía sujetando la pistola, aunque había ido a parar al otro extremo de la habitación.

Calculé que no podía llegar a él. Sólo tenía una salida. Escapar de allí cuanto antes.

Abrí la puerta escuchando los chillidos de Marie. Se quejaba de su hombro y yo deseé que se lo hubiese fracturado.

Salí al pasillo y empecé a bajar la escalera saltando los peldaños

de tres en tres. Fuera, me esperaba mi hermoso «Tiburón».

Yo no estaba dispuesto a perder el mensaje de Turpin.

«Sí, amigo Gaston, ahora todo está claro como el agua. Turpin no estaba loco. Sabía lo que se decía. Tu destino es París. Allí se celebrará una exhibición de modelos. Has sido un tipo muy valiente. La pelirroja y Fernand desconocen el contenido del mensaje. Juegas con ventaja, pero debes conservar la piel».

Tropecé con una enfermera, que llevaba una bandeja. Las dos se fueron por el suelo.

Crucé el vestíbulo como una exhalación. Un enfermero gritó:

—¡Al loco!

Es lo que me faltaba, que me encerrasen en una celda y me pegasen una ducha fría. Bueno, allí no las pegaban frías. Las daban calientes. Le ponían a uno como un cangrejo, al rojo vivo, igual que habían hecho con el bueno de Turpin.

Me metí en el «Tiburón» y arranqué.

La primera curva la tomé sobre dos ruedas, luego frené un poco porque había muchas curvas hasta llegar a Grenoble.

¿Quién era en realidad Fernand?

«Eres un ingenuo, Gaston. ¿Es que no sabes lo que son? Dos bastardos». Me reí de mí mismo.

Estaba metido en una aventura de las mías... Sí, de las que yo me ocupaba en mis novelas, pero ahora no se trataba de una novela. Era mi vida misma. ¡Y yo era el protagonista! ¿No estaría soñando?

En París me esperaba un modelo de vestido llamado «Tentación» que valía un millón de dólares. Infiernos, debería estar tejido con hilo de oro y tener incrustaciones de pedrería. Zafiros, rubíes, esmeraldas... Sí, eso tenía que ser.

No, no había ningún vestido que valiese un millón de dólares ni con eso. Sólo podía haber una respuesta. El modelo «Tentación» debía contener algún secreto.

«Bravo, muchacho, ahora lo has conseguido. Sí, eso es. Se trata de un secreto por el que te pagarán un millón de dólares. Pero ¿qué país te pagará eso? ¿No es el dólar la moneda de los Estados Unidos?».

Infiernos, mi cabeza era un hervidero de ideas.

De pronto sonó un estampido. Un proyectil hizo impacto en la

carrocería, en la portezuela junto a la que me encontraba.

Vi el humo que salía de entre unos arbustos.

¿Camino de París? No, en absoluto. No iba camino de París, sino del infierno. Dispararon otra vez y también fallaron.

Ya llegaba otra curva. Me iría por el precipicio sin lugar a dudas.

Frené antes de llegar. Los neumáticos debieron sacar chispas de la carretera. Hice girar el volante.

La carrocería crujió como si se fuese a desencuadernar pero recuperó la horizontal. Ya había burlado las balas. Delante de mí solo tenía una curva. La pasé sin novedad. Por fin, vi una recta.

Apreté a fondo el acelerador y el «Tiburón» se puso a correr como un demonio. Entonces miré por el espejo retrovisor y sentí que se producía un vacío en mi estómago. Un coche negro, un potente «Mercedes», había emprendido mi caza.

CAPÍTULO X

El «Mercedes» ganaba terreno.

Mi auto era bueno. No podía dejarme atrapar, entre otras cosas porque ahora sabía perfectamente lo que iban a hacer conmigo.

Trozos.

De pronto se me ocurrió mirar el indicador de la gasolina. ¡Me quedaban apenas dos litros!

Era la catástrofe.

«Sí, Gaston, te van a matar por no haber tenido la precaución de llenar el tanque». Mandé al infierno a la voz de mi conciencia. ¿Cómo iba a suponer yo que me iba a meter en una persecución en la que me jugaría la piel?

Sea lo que fuere, lo cierto es que estaba llegando al final del camino. Unos kilómetros más y se acabó.

Pronto empecé a notar la falta del carburante.

El coche disminuyó la velocidad ostensiblemente y yo no ganaba nada con apretar el acelerador.

El «Mercedes» devoraba la distancia que nos separaba. De pronto, vi una estación de servicio a la izquierda.

¿Sería un milagro? Me dirigí hacia allí.

Llegué junto al poste y frené.

Vi por el espejo retrovisor que el «Mercedes», a unos treinta metros, frenaba también con grandes chirridos.

Lo ocupaban tres hombres.

Ninguno de ellos descendió de él. Estaban a la espera. Sí, a la espera de que yo reemprendiese la carrera para llenarme de plomo.

—¿Cuánto quiere? —me preguntó el muchacho que servía el poste.

—Un millón de litros —dije distraídamente, pensando en el

modelo «Tentación».

—¿Cree que cabrán? —repuso, rascándose el cogote.

—Oh, perdona, chico, no sabía lo que decía... Llena el depósito.

—Usted manda.

Los del «Mercedes» seguían en su sitio. Eran cazadores con el arma lista para disparar y yo era el conejo, o la liebre, o la perdiz, o lo que ustedes quieran, hermanos. La pieza a cobrar.

Maldita fuese. ¿Por qué Turpin se había dejado asesinar en aguas calientes? A mí me iban a meter plomo caliente.

¿No era lo mismo?

Morir o vivir, ése era el problema.

Y para mí ya existía la respuesta. Clara. Manifiesta. Terminante: morir. El chico había terminado de llenar el tanque.

Sentí deseos de decirle que enchufase la manga y me llenase de gasolina los dos asientos. A lo mejor salía flotando y me libraría de la persecución. ¿Qué estupidez estaba pensando? Bastaría con arrimarme una cerilla y ardería como una brasa.

Tal pensamiento me hizo recordar a Marie. Una brasa.

¡Un cuerno para mí!

Pero, qué magnífico escritor era yo. Qué estilo, qué forma, y qué fondo. El fondo del infierno.

Y me iban a enviar a lo más profundo, donde estaban las peores llamas.

«Estás chiflado, Gaston. El miedo te hace desvariar. Ya no sabes ni lo que piensas». Pagué al muchacho.

—Espere la vuelta —dijo.

—Quédatelo para una corona.

—¿Cómo?

—Quise decir como propina.

—Muchas gracias, señor.

Descubrí un bar que estaba al fondo. ¿Por qué infiernos no me iba a tomar café antes de irme al otro mundo? El café era bueno, pero resultaba mucho mejor el *whisky*. Eso, me tomaría una botella.

Viva el *whisky*. Muera el hígado. Viva la mujer. Muera Marie.

Llevé el auto cerca del bar.

Corrí agachado hacia el bar, como si buscase la perla de mi corbata, si yo hubiese usado perla en mi corbata.

De esa forma pude entrar.

Dentro había algunas personas. Como una docena. Tres parejas se hacían el amor, de dos en dos.

Me senté en un taburete y dije a la rubia que acudió a servirme:

—Un ataúd bien lleno de *whisky*.

Puso una cara muy rara y me di cuenta de mi obsesión.

—Quise decir un vaso.

—Ahora mismo.

La rubia me estaba llenando el vaso de *whisky* cuando vi que la puerta se abría. Entraron dos tipos.

Mi pareja de asesinos. Mis dos verdugos.

La rubia puso el vaso delante, en el mostrador. Lo tomé y lo bebí de un trago.

—Eh, rubia, olvidó ponerme el *whisky*.

Ella rió cantarínamente porque lo aceptó como una broma. Llenó otra vez el vaso.

En eso, los dos tipos me flanquearon. El más gordo se puso a la derecha y el menos gordo a la izquierda. La rubia dijo:

—¿Qué les sirvo, caballeros?

—Sírvales lo mismo que a mí —le contesté—. Yo invito.

Los dos asesinos no dijeron nada. Quizá eran mudos.

La rubia sirvió los otros dos vasos y puso uno delante de cada tipejo. Yo tomé el mío y dije:

—Por ustedes y por el buen éxito de las balas.

Atrapé con el pie el taburete del más gordo y tiré de él con fuerza. El tipo se derrumbó en el suelo haciendo aspavientos y aullando. Me revolví hacia su compañero cuando éste tiraba de la pistola.

Le arrojé el *whisky* a la cara y, aprovechando su desconcierto, le solté un puñetazo entre los dos ojos.

También cayó mugiendo como un becerro.

Con la otra mano ya estaba dejando unos cuantos billetes sobre la mesa para pagar a la rubia, porque ella no tenía culpa de nada.

Luego eché a correr como alma perseguida por el diablo.

El «Mercedes» seguía en su sitio, allá enfrente, y el conductor al volante.

Me metí en el «Tiburón» y lo hice arrancar con un tremendo rugido de animal de la jungla.

El del «Mercedes» se quedó un poco desconcertado porque no

veía salir a sus compañeros.

Lo vi saltar del coche.

Para entonces yo estaba muy lejos.

Pensé que quizá tardarían un par de minutos en recuperarse. Seguí por la carretera principal hacia París, pero unos seis kilómetros más allá de la estación de servicio vi un camino a la izquierda. Era lo que convenía. Más adelante, un siglo o dos después, volvería a la carretera principal.

Hice girar el volante.

Ya habían pasado seis horas desde que me desembaracé de mis perseguidores.

Yo silbaba una canción, la que llevaba por título: Qué gran corazón tienes, Luciana, y qué otras cosas. En aquel momento yo era un ingenuo. No sabía lo que me esperaba. Seguía dándole vueltas al asunto del mensaje, al modelo «Tentación».

Sí, «Tentación» era una palabra muy sugestiva, sobre todo para mí.

Pero ¿qué infiernos tendría que ver aquel vestido con un millón de dólares? Me juré a mí mismo que lo sabría, aunque me fuese la vida en ello.

Si alguien me hubiese dicho lo que iba a ocurrir después, no habría hecho el juramento.

CAPÍTULO XI

Entré en la casa de modas de *madame* Terrier.

Era un lugar muy distinguido porque se ubicaba en la rue de la Paix. Un tipo tropezó conmigo.

Me metió un plátano en las narices, pero logré apartarlo a tiempo antes de que me lo aplastase.

—¡Oh, perdón! —dijo.

Era un tipo de cabello y bigote blancos con sombrero hongo.

—¿Es usted inglés?

—Si —dijo.

—¿No sabe que debería estar tomando el té de las cinco y no el plátano?

—Caramba, es cierto —repuso—. Gracias por habérmelo recordado. Soy el coronel Charles Westman. ¿Y usted?

—Yo no soy el coronel Charles Westman, sino Gaston Fabré.

—Pues mucho gusto en conocerle, coronel Westman. ¡Oh! Quiero decir como se llame... No me haga caso, soy muy despistado, sobre todo cuando tomo tres *whiskys* seguidos. Pero no se lo diga a *lady* Westman. Es mi mujer. Entre paréntesis; a mí no me gustan estos lugares... Serví en la India durante la Segunda Guerra Mundial. Calcuta.

—Yo era muy pequeño y no vivía en Calcuta.

—Ya me decía que su cara me era completamente desconocida.

—Coronel, estamos interrumpiendo el paso.

—Oh, perdón —dijo a una señora que trataba de pasar por encima de él. Logró apartarse y nuestra conversación siguió tan normal como antes.

—¿Tiene usted invitación? —preguntó el coronel Westman. No había pensado en ello.

—Verá, se la envié a una prima mía que está en el Canadá. Por equivocación, claro.

—No se preocupe, yo tengo dos —me dijo—. Una de ellas es la de mi esposa, pero ella se las arregla siempre para entrar como sea. Una vez le rompió la boca a un tipo en Boston... Es lo que me pasó cuando la conocí. Me gustó su clase.

—¿Qué le parece si ocupamos nuestros asientos?

—¿No sería mejor que usted y yo nos fuésemos por ahí a echar una cana al aire, señor Fabrè?

—Perdone, pero yo no tengo canas.

—Ah, es verdad, entonces entremos a ver la exhibición.

El coronel le dio las dos invitaciones al portero y el tipo se dobló en dos mitades a nuestro paso.

El coronel le pegó con su bastón en la cabeza.

—No se humille tanto, amigo. Recuerde que éste es el país de la igualdad, la libertad y la fraternidad.

Al chambelán no le gustó aquello porque hizo un gesto de desprecio como si dijese:

«Ya se mete aquí hasta la chusma».

El salón ofrecía un brillante aspecto.

Había muchas personas, pero las mujeres dominaban a los hombres en una proporción de cuatro a uno.

Se aspiraban los más caros perfumes del mundo. Y también se veían los mejores escotes.

Concedí la mejor puntuación al que estaba a la derecha.

Era una rubia con un cuello magnífico, unos hombros magníficos y unos ojos magníficos.

—Eh, señor Fabrè —dijo el coronel—. ¿Verdad que el aspecto es magnífico?

—No lo había pensado, pero creo que tiene usted razón.

Ocupamos nuestras sillas.

La rubia se dio cuenta de mi presencia.

La obsequié con una sonrisa.

Ella me dirigió una andanada de unos cien mil voltios, pero no me quemó.

Una señora con cara ridícula, que utilizaba unos anteojos ridículos, sonrió a unos y a otros, para imponer silencio.

—Damas y caballeros, me siento muy honrada por su presencia.

Mi mayor deseo es que la colección que se va a exhibir ante ustedes sea de su agrado... Y ahora, sin más pérdida de tiempo, les presento el modelo «Primavera en el Trópico»... Lo exhibe la señorita Sylvie Andreu.

Así empezó el desfile de modelos.

Una mujer gorda se puso a aplaudir a Sylvie Andreu.

—¿Ha visto algo más ridículo? —dijo el coronel—. El vestido le sienta muy bien a la maniquí, pero si esa señora gorda se lo pone, acabará con todo su encanto.

Me imaginé a la señora gorda con el modelo «Primavera en el Trópico» y tuve que cerrar los ojos. El coronel tenía razón.

Siguieron otros modelos: «Amor Eterno», «Carnaval en Río de Janeiro», «Niza de Noche», «París bajo las Estrellas»...

Todavía no le había llegado el turno a «Tentación» y yo estaba impaciente.

—A propósito —dijo el coronel—, ¿es usted modista?

—¿En qué lo notó?

—Parece poseer un cierto aire profesional con las mujeres.

—Es usted muy sagaz, coronel.

Madame Terrier dijo en aquel momento:

—Y ahora, un vestido de noche que estoy segura cautivará a todos ustedes... «Tentación»...

Di un respingo en la silla.

—¿Le pasa algo, señor Fabrè? —dijo el coronel.

—Oh, nada. Sólo recordé de pronto que me dejé abierto el grifo del agua.

—Bueno, ya irán los bomberos.

—Sí, tiene razón. Además, vivo muy alto y el agua se irá hacia abajo.

—También es verdad.

El modelo «Tentación» era exhibido por la señorita Jacqueline Fregonard.

Era una morena muy, muy hermosa. Pero lo resultaba mucho más con aquel vestido, negro, de encaje.

Sentí deseos de gritar: «Es mío, pero inclúyame el relleno».

Por fin, Jacqueline terminó su paseo y regresó a la jaula.

—Con permiso, coronel —dijo, levantándose.

—Si va a tomar un *whisky*, yo voy con usted.

—Perdone, coronel, pero no se trata de un *whisky* sino de una cita amorosa.

—También voy con usted.

Le sonreí agitando un dedo delante de su nariz.

—Coronel, debo ser prudente. Se trata de la esposa de un alto personaje —le guiñé un ojo—. Usted ya me entiende...

—Oh, sí, claro.

De esa forma me desembaracé de él.

Fui al lado de un camarero que estaba repartiendo copas de champaña.

Tomé una de las copas y me fui al rincón por donde desaparecían los maniqués.

Aquel camino resultaba demasiado visible. Mucha gente se percataría de mis intenciones.

Me deslicé hacia el fondo del local. A la derecha había una puerta.

La abrí y entré sin pestañear. Vi un largo corredor. Estaba en el buen camino.

Dos jóvenes pasaron junto a mí. Los identifiqué como maniqués que habían desfilado minutos antes por el salón.

—¿Dónde está Jacqueline? —les pregunté.

—Al fondo, tercer probador a la derecha —contestó una de ellas. Le di las gracias y seguí mi marcha.

Llamé con los nudillos en la puerta que me habían indicado y entré sin esperar la autorización.

Jacqueline no se había quitado todavía el modelo «Tentación». Lo tenía en su piel, haciendo monerías ante el espejo. Volvió la cabeza y al verme parpadeó.

—Soy Gaston Fabr  —dije—, y tengo mucho interés por ese vestido.  Cu nto cuesta?

—Mil trescientos francos.

—Me lo quedo.

—Perdón, señor Fabr . Yo sólo soy una maniqu ... Tendr  que hablar con *madame* Terrier.

—No he podido hablar con ella porque estaba ocupada en el desfile... Vamos a hacer un trato, Jacqueline... Yo voy a darle a usted el dinero, los mil trescientos francos, y usted se los paga a *madame* Terrier. Bastará que diga que un amigo suyo le compr  el

vestido. Naturalmente, habrá una buena propina para usted.

—Tendré que hablar con *madame* Terrier.

—Muy bien. Hágalo. Descolgó el teléfono.

—Quiero hablar con *madame* Terrier, Pierre... Se trata del modelo «Tentación»... Un caballero quiere quedárselo... ¿Cómo? ¡Oh, cuánto lo siento...! Sí, me hago cargo...

Inmediatamente colgó.

—Lo siento, señor Fabré. Pero llegó usted tarde.

—No me diga.

—El vestido «Tentación» ya fue comprado.

—No puede ser. Yo me di más prisa que nadie.

—Ya estaba comprado antes del desfile.

—¿De veras? ¿Y por quién?

—Por la señora Natalie Davin.

—¿Quizá una cliente habitual de ustedes?

—No lo sé. Yo no la conozco.

Tal como estaban las cosas, tendría que echar mano a un procedimiento irregular para adueñarme de aquel vestido.

Me acerqué a la joven sonriéndole.

—Oiga, ¿por qué no nos vamos de aquí?

—¿Adónde?

—A comer, pero llévase este vestido. Le sienta muy bien.

—Es un vestido de noche y ahora son las doce de la mañana.

—Tiene razón. Entonces, cámbiese.

—¿Adónde me quiere llevar?

—Adonde usted quiera.

—¿De veras?

—Seguro. Usted es una chica muy linda. Debo tener alguna compensación. Ya que me quedé sin el vestido, tendré lo que había dentro de él.

—Es usted muy amable —repuso ella con un mohín de coquetería—. Pero todavía tengo que exhibir otros modelos.

—¡Qué lástima!

—Sin embargo, dentro de media hora ya habré terminado.

—¡Qué estupendo!

—¿Sigue en pie su invitación?

—Desde luego.

—Entonces, cuando me haya visto exhibir otros modelos,

espéreme en la puerta principal.

—Trato hecho.

La besé suavemente en los labios y acaricié el vestido. Era de encaje, con forro. ¿Por qué valdría aquello un millón de dólares?

—Hasta luego, querida —dije a Jacqueline, y salí. Una mujer llegó dando voces:

—Eh, Jacqueline... ¿Todavía no te cambiaste? Es tu turno... Pero ¿en qué estás pensando?

Transcurrieron unos minutos.

Al fin, oí que la puerta se abría.

Vi a Jacqueline de espaldas, con otro modelo.

Desapareció por el final del pasillo y entonces entré en el cuarto.

Di un suspiro de alivio. Por fin lo tenía allí. No, aquella señora llamada Natalie no tendría el modelo «Tentación». Iba a ser mío.

El vestido estaba ahora sobre un maniquí.

De repente, oí una voz a mi espalda:

—Caramba, su compañera tiene poca carne...

Era el coronel.

Volví la cabeza y lo vi allí, sonriéndome.

—Pero, coronel, ¿qué hace aquí sin su *lady*? ¿Pensó acaso que habría otra chica para usted?

El coronel echó a andar hacia mí y señaló el vestido «Tentación» con su bastón.

—También me gusta —dijo.

—Llega tarde. Yo lo compré.

—No, usted no. Fui yo.

—¿Desde cuándo se llama usted Natalie?

—Lo compró una amiga en mi nombre.

—No lo creo, coronel.

—Quise darle una sorpresa a mi mujer.

Ahora, él estaba muy serio. No me pareció tan despistado. ¿Cómo había sido yo tan tonto? ¡Maldita fuese!

Y yo escribía novelas policíacas en las que el protagonista era todo un tipo.

«¿Ves cómo la policía tiene razón? El coronel te ha engañado como a un chino. Sería mejor que te retirases de la aventura».

Entonces, hice lo que tenía que hacer. Le pegué un puñetazo al coronel.

Westman, o como quiera que se llamase, se derrumbó en el suelo, soltó un quejido y quedó inmóvil.

—Perdone, coronel. Pero no tuve más remedio.

Vi unas cajas. Tomé una y metí en ella el vestido «Tentación», procurando no arrugarlo mucho.

Luego salí de la habitación.

Pensé que debía de haber una puerta trasera y fui por el camino opuesto al que había seguido para llegar allí.

Una mujer de unos cincuenta años estaba sentada en una silla y se levantó.

—¿Qué hace usted aquí? Está prohibido el acceso a los hombres.

—Me envía *madame* Terrier. Se trata de una millonaria americana que está esperando este vestido —señalé la caja que tenía bajo el brazo.

Ella soltó un gruñido de asentimiento y me dejó el paso libre. Salí del taller y respiré profundamente.

Pero enseguida la sangre se me heló en las venas. Vi aparecer dos hombres por detrás de un auto.

Eran dos tipos a quienes yo conocía. El gordo y el menos gordo a quienes había derribado en el bar de la estación de servicio, en mi viaje a París.

Ya me habían atrapado.

Eché a correr, a pesar de que en cualquier momento podía recibir una bala. Por fortuna para mí, caminaba mucha gente por la acera.

No se atreverían a disparar o caerían muchas personas inocentes. Pero ¿qué les importaba eso a ellos?

Vi que un coche se apartaba de la acera.

Era un descapotable tripulado por una mujer. Aproveché mi impulso y salté al interior del coche. Ella dio un gritito y me miró.

Era bonita, rubia, de ojos verdosos.

—¡Eh! ¿Qué hace usted aquí?

—No rechiste, señorita... Siga adelante.

—¿Cómo?

Metí mi mano derecha en el bolsillo.

—La estoy apuntando con una pistola... Me persiguen para liquidarme, y si caigo, no me importará llevarla a usted por delante... Apriete a fondo el acelerador.

La joven apretó a fondo el acelerador.

Vi por el espejo que los dos tipos, el gordo y el menos gordo, retrocedían en busca de su coche.

El convertible se había metido en el tráfico.

CAPÍTULO XII

—¿Dónde quiere que lo deje? —preguntó la joven.

—Ya se lo diré más adelante.

—Pero no puedo llevarlo todo el día como viajero...

—No sea exigente... Tenga en cuenta que yo soy quien da las órdenes.

—Es usted un asesino.

—¿En qué lo conoció?

—En su cara, basta verlo.

—¿Ha tenido mucha relación con asesinos?

—No, usted es el primero con que me encuentro. Pero he visto muchos en el cine.

—Creo que no tiene razón. Aunque no discutiré con usted.

Miré por el espejo retrovisor. No se veían señales del «Mercedes» ni de cualquier otro auto en que viajasen mis perseguidores. Había ganado otro *round*. Pero me interesaba enormemente que fuese el definitivo, el que acabara el combate.

—De acuerdo —dijo de pronto la joven—. Le voy a conceder que no sea un asesino.

—Muy honrado.

—Pero es un ladrón.

Di un suspiro.

—Sí, señorita, lo reconozco, soy un ladrón...

—¿Qué es lo que ha robado?

—Un vestido...

—No es posible.

—Sí, un vestido de noche, lo llevo aquí, en esta caja...

—Ya entiendo, es usted modista y se dedica a robar los modelos de la rue de Paix... He leído algunos artículos sobre ello.

También el coronel había dicho que yo era un modista, aunque él sabía perfectamente quién era.

—Sí, señorita, eso es lo que hago.

—Pero ¿es que no tiene usted inventiva?

—Muy poca.

—Entonces, debería dedicarse a otra profesión y no a robar modelos de otros modistas... Todo el que se aprovecha de la creación ajena es despreciable para mí.

—¿Y a qué se dedica usted?

—Soy pintora.

—Caramba, qué suerte. Yo necesito que pinten mi piso.

—No soy esa clase de pintora —dijo ella muy ofendida—. Pinto cuadros.

—Entiendo, ¿y cuál es su nombre?

—Ruth Bryan.

—¿Inglesa?

—No, americana.

—¿De Nueva York?

—No, de Chicago.

—¿Qué hace tan lejos de su país, señorita Bryan?

—Vine aquí a estudiar.

—¿Cuánto tiempo lleva en Francia?

—Poco más de un año.

—¿Pintó mucho?

—¿Qué le importa a usted?

—Trataba de ser amable, señorita Bryan.

—Oh, sí, quiere ser amable ahora, después de haberme amenazado con una pistola.

—No llevo pistola.

—¿Cómo?

—Inventé lo de la pistola para que echase a correr.

La joven frenó bruscamente. Otros coches frenaron detrás de ella, provocando un atasco.

—¡Salte del auto inmediatamente! —exclamó Ruth Bryan de Chicago.

—No puedo... Estoy demasiado cerca del lugar donde robé mi botín. Continúe.

Algunos conductores, impacientes, se pusieron a hacer sonar el

claxon.

Un agente de tráfico se acercaba.

—Señorita Bryan, va a ser mi ruina —dije.

—Ahora le van a ajustar las cuentas —habló ella, mirando al agente.

—Tengo una familia... Recuérdelo.

El agente hizo un saludo.

—¿Qué pasa? —dijo—. ¿Por qué se detuvieron?

Ruth se mordió el labio inferior y al fin dijo:

—Perdón, agente, sufrí un calambre en una pierna, pero ya estoy mucho mejor.

Puso en marcha el auto y el agente se quedó allí, sacudiendo la cabeza.

—Gracias, Ruth —dije.

—No sé por qué lo he hecho.

—Yo sí lo sé.

—¿De veras? ¿Y por qué?

—Llegué a su corazón cuando le hablé de mi familia.

—Voy a suponer que fue eso. ¿Cuánta familia tiene?

—Tengo a mi abuela y a una tía...

—¿Esposa?

—No.

—¿Hijos?

—Tampoco.

—Pero ¿qué clase de sinvergüenza es usted? ¡Me habló de una familia!

—Claro, de mi abuela y de mi tía...

—Todavía no me ha dicho su nombre.

—Gaston Fabré.

—Sí, tiene nombre de ladrón.

—Gracias.

Le dije mi verdadero nombre porque supuse que, siendo ella americana, no conocería a un escritor francés de novelas policíacas. En su país los había a porradas, y entre ellos estaban los mejores del mundo, para mi gusto.

Saqué mi paquete de cigarrillos.

—¿Quiere fumar?

—No.

Hacía un hermoso día. El cielo era de un bonito color azul.

Fumé el cigarrillo. De vez en cuando miraba a la joven. Tenía una nariz respingona, muy graciosa, los pómulos altos...

De pronto, ella frenó.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté.

—Pasa que yo llegué a mi destino.

—¿Vive aquí?

—Sí, vivo aquí, y no espere que lo invite a tomar una copa...

—No, claro, sería demasiado.

—Es usted muy comprensivo, señor Fabrè, y no sabe cuánto se lo agradezco. Los dos saltamos del auto y subimos a la acera, yo con mi caja bajo el brazo.

—He tenido mucho gusto en conocerla, señorita Bryan.

—Yo, no.

—Crea que lo siento. Si me permite, un día de éstos la llamaré.

—¿Para qué?

—Para invitarla a cenar.

—No, gracias, no espere que vaya a cenar con usted.

—Oh, sí, claro; soy un ladrón y usted debe relacionarse con personas más distinguidas...

—No tengo preferencias con respecto a mis amistades. Pero, naturalmente, usted debe comprender que los ladrones quedan lejos de mi esfera.

—Qué lástima, ¿verdad? Nuestra amistad empezó bien.

—¿Llama empezar bien a la forma en que usted entró en mi coche?

—No me negará que tuvo algo de insólito. ¿No le gusta la aventura?

—No, no me gusta cierta clase de aventuras... Y ahora, adiós, señor Fabrè.

Fue a meterse en un portal, pero yo di unos pasos hacia ella y la tomé por el brazo.

—¿Qué quiere ahora? —preguntó, mirándome con los ojos entornados.

—¿Aceptaría mi invitación de cenar si me regenerase?

—No creo que usted se regenere... Estoy segura de que el robar lo lleva muy adentro.

—Bueno, en tal caso, usted podría redimirme.

—¿Qué?

—Con un poco de paciencia lo conseguiría.

—No pienso hacer eso, señor Fabr . Yo también tengo mis ocupaciones.

—Como usted quiera, señorita Bryan, pero si acabo en el patíbulo, recuerde que será por culpa de usted.

—Es usted un farsante. Y también es tonto si ha pensado por un momento que me iba a engañar con palabras.

— Cree que la estoy engañando?

—Claro que sí. Y s  por qué. Le he gustado.

—S , es cierto. Tiene usted una bonita cara, y todo lo demás está de acuerdo con ella. Por eso sentir  mucho no volver a verla.

—París es muy grande, señor Fabr . Somos varios millones de mujeres. No le hará falta buscar mucho para encontrar a la mujer que lo comprenda... Y ahora,  quiere dejar mi brazo?

La solt  y se metió en la casa.

Hice chascar la lengua. Bueno, no estaba en mi día de suerte. Seguro que no. Hacía mucho tiempo que no conocía a una muchacha como Ruth Bryan. Era estupenda desde cualquier ángulo que se la mirase, y parecía inteligente. Pero uno debe saber perder, y yo había perdido con ella.

Busqué con la mirada un taxi y entonces vi el «Mercedes». Apareció por una callejuela de la derecha.

Identifiqué al tipo del volante.

Salt  al interior del portal donde vivía Ruth Bryan y sub  rápidamente la escalera.

Llegué a la segunda planta y vi a mi americana que desaparecía en un apartamento, el segundo de la derecha.

Abr  la puerta como un rayo y me col  dentro. Ella dio un grito.

— Por qué ha entrado aquí, señor Fabr ?

—Silencio, me persiguen.

—No, esta vez no me va a engañar.

—Le aseguro que es cierto. As mese a la ventana y verá un «Mercedes». Dentro hay tres tipos que me quieren matar.

Ella fue a la ventana y se asom .

Dio la vuelta y puso los brazos en jarras.

—No hay ningún «Mercedes» en la calle.

—Se habrá escondido.

—¡Oh, sí, claro, se metió debajo de una de las baldosas...! Ahora mismo va a salir de aquí, ¿lo entiende?

—Tenga paciencia.

—Ya la tuve demasiado con usted.

—Le doy mi palabra que me marcharé dentro de un rato, en cuanto tenga seguridad de que esos tipos se largaron.

La joven hinchó los pulmones de aire.

—Señor Fabré, sus métodos de conquista están muy anticuados.

—¿Usted cree? —Le sonreí—. Pero tengo otros, ¿sabe?

—Ya lo suponía.

—Hasta ahora ninguna mujer se ha quejado de mi repertorio.

—Yo sí me quejaré si echa mano a otro de sus trucos.

Di unos pasos hacia ella.

—Pero ¿por qué no tiene confianza en mí, Ruth?

—¿Cree que se la merece?

—Póngame a prueba.

—¿Y qué clase de prueba sería?

Me pellizqué la barbilla pensativo.

—Ya lo tengo —dije.

—¿De qué se trata?

Dejé la caja con el modelo «Tentación» sobre una mesa y me acerqué a la joven. Antes de que se diese cuenta de lo que me disponía a hacer, yo la abrazaba y besaba. Cuando al fin terminé, ella echó la cabeza hacia atrás y me miró con los ojos agrandados.

—¿Qué es lo que ha hecho?

—La prueba que usted me pidió... ¿Es que no se ha dado cuenta? ¿No ha notado la sinceridad con que me he manifestado?

—Es usted el ser más cínico, más despreciable y más aprovechado que existe sobre la faz de la tierra.

Todo eso lo decía ella, mientras yo continuaba abrazándola. Sacudí la cabeza.

—Creo que no tiene derecho a decirme eso. Ruth. No lo merezco.

—Ya puso en práctica uno de sus trucos, y debo decirle que ha sido muy sucio...

—Ruth, yo sólo estaba dándole las gracias por todo lo que ha hecho por mí...

—Pudo ahorrarse esa forma de demostrarme su agradecimiento,

y debería tener presente que si usted viajó en mi automóvil, fue a la fuerza, y más tarde, porque le tuve compasión.

En aquel momento se abrió la puerta de golpe. Volví la cabeza y quedé rígido como una estatua.

Allí estaban los dos verdugos, el gordo y el menos gordo.

CAPÍTULO XIII

—Eh, ustedes, ¿quiénes son? —exclamó Ruth.

Ya me había apartado de ella, por si el gordo y el menos gordo se ponían a pegar tiros sin el menor aviso. No quería que la americana, después de lo que había hecho por mí, me acompañase en mi viaje al otro mundo... Nobleza obliga.

El gordo sacó una pistola, y el otro, para no ser menos, exhibió también su arma.

Ruth se quedó un momento sin habla. Por fin la recuperó y dijo mientras me miraba:

—Usted tenía razón.

—Entonces, ¿no me creíste?

—Cuando me besó, ya no le creí una sola palabra.

—Eso te debe demostrar que fui absolutamente sincero.

El gordo dejó oír su voz:

—No me gustan las discusiones domésticas.

—Estupendo, Faty —le dije—. Lárguese y deje que continúe mi romance.

Y como prueba de que quería continuar mi romance, tomé a la joven por la mano, tiré de ella y volví a besarla en la boca.

El menos gordo dio un suspiro.

—Se me entenece el corazón, Gustave...

—Siempre lo has tenido muy blando, Paul.

Continué besando a Ruth, aunque miraba al par de tipejos de reajo. Seguían con la pistola en la mano. No había nada que hacer.

Dejé libre a Ruth y ella se tambaleó.

—Gaston —dijo—, dale a estos hombres lo que buscan, y que se marchen.

—Creo que es algo muy razonable, puesto que ellos tienen la

razón —me dirigí a la pareja de tipos—. Eh, muchachos, ¿qué es lo que quieren?

—El vestido de la dama.

Les sonreí.

—Son ustedes un poco indecentes, ¿no les parece? ¿Cómo quieren que Ruth les de su vestido?

—Premio a la ingenuidad —dijo Gustave—, o al comediante... Es el vestido de la caja.

El menos gordo, Paul, señaló la caja que estaba sobre la mesa.

—Ahí la tienes.

—Cógela...

Paul se dirigió hacia la mesa.

Maldita fuese, me había costado muchos sudores llegar hasta aquel vestido y ahora no serviría de nada. Iba a perder el modelo «Tentación», un vestido que valía un millón de dólares. Ahora no tenía ninguna duda de que Turpin me había dicho la verdad en su carta.

Paul tomó la caja, la puso bajo el brazo y se retiró hacia la puerta.

—Caramba —rompió el silencio Ruth—, ese modelito debe ser algo excepcional cuando tanta gente anda tras de él...

Paul le sonrió.

—Sí, monada. Vale mucho este vestido, más que los que tú puedas lucir en toda tu vida...

—Oigan, quiero pedirles un favor —repuso la joven.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué no dejan que me lo pruebe?

—¿Qué?

—El vestido, ya sabe... Así podré presumir ante mis amigas.

Paul se echó a reír.

—¿Qué te parece la idea, Gustave?

—No me gusta nada.

—La chica tiene un buen palmito. Estoy seguro de que le sentará bien. Y después de todo, no tenemos por qué correr tanto... Ya tenemos lo que deseábamos.

—Eres un estúpido, Paul.

—¿Por qué dices eso?

—El jefe nos dijo que liquidáramos a Fabré y que también

liquidásemos a la persona que le echase una mano. Y es lo que tenemos que hacer ahora.

Yo no perdí el tiempo en elevar mi más enérgica protesta:

—Ustedes no nos pueden matar.

—Díganos una razón para que no lo hagamos, Fabré.

—Ustedes ya tienen el vestido, y con eso la historia se acabó.

—Pero usted está al corriente de lo del modelito.

—Oiga, Gustave, yo no sé nada del modelito. Imagino que con el vestido debe ir incluido un secreto, pero le juro que todavía no tuve tiempo de echarle un vistazo.

Ruth intervino:

—Desde que entró aquí el señor Fabré, sólo se preocupó de hacerme el amor.

—Un bonito rasgo, nena —dijo Gustave—. Pero no nos sirve.

—Eh, espere un momento, Gustave —grité.

—¿Qué nueva cosa se le ha ocurrido ahora?

—Quiero hablar con su jefe.

—¿Para qué?

—Lo sé todo.

—Hace un momento decía que no sabía nada.

—Les mentí.

—¿Sí? ¿Qué es lo que guarda el modelo «Tentación»?

—No se lo voy a decir a usted. Sólo a su jefe.

Gustave se echó a reír haciendo estremecer su triple papada.

—Ésa fue la peor respuesta de todas, Fabré.

Estábamos demasiado lejos de los dos asesinos.

Si echaba a correr hacia ellos, no me serviría para nada. Antes de que pudiese tocarlos con mis manos, me acribillarían a balazos.

En aquel momento llamaron a la puerta. Ruth gritó:

—¿Quién es?

—Soy René, querida... ¿Puedo pasar?

Gustave arrugó la nariz. Pero estaba demasiado sorprendido para reaccionar con rapidez.

—Pasa, René —dijo Ruth.

La puerta se abrió, golpeando contra Paul.

René soltó una exclamación al ver las pistolas que había a su alrededor.

Yo ya estaba corriendo y fue entonces, cuando Gustave apretó el

gatillo, y el muy bastardo disparó contra mí.

CAPÍTULO XIV

La bala no me dio.

Pasó por encima de mi hombro y se enterró en la pared.

Luego ya no di tiempo a Gustave a que realizase de nuevo el número. Caí sobre él como una hormiga sobre un elefante.

Yo era la hormiga y Gustave el elefante.

Creí que había chocado contra un submarino atómico.

Sin embargo, él también perdió el equilibrio, y lo ayudé un poco atrapándolo por un tobillo desde el suelo.

Se vino abajo y fue como si se produjese un terremoto. Ruth se había arrojado sobre Paul.

René, el recién llegado, estaba a punto de desmayarse. Me hice cargo de todo gracias a una rápida mirada.

Gustave había perdido la pistola. La cogí y apliqué el cañón a su cabeza.

—¡Ya basta! —ordené.

Paul vio mis intenciones de disparar y arrojó el arma, pero en realidad no podía valerse de ella porque Ruth lo había atrapado por aquel brazo y estaba apuntando al suelo.

Me levanté triunfador. El gordo Gustave gimió:

—Me has reventado, Fabrè... Necesito que me lleven al hospital.

—Adonde te van a llevar es al cementerio, Gustave, si no te portas como un buen chico...

—Te digo que estoy reventado.

—No veo que eches sangre.

—Porque lo estoy por dentro.

René, el hombre que había hecho posible nuestra liberación, era delgado, de piel cetrina. Para él todo aquello era como un sueño, o mejor dicho, como una pesadilla.

—Ruth, ya volveré otro día.

Abrió la puerta y echó a correr. Sonreí a Ruth.

—¿Quién era?

—Un pintor. De vez en cuando nos reunimos para charlar. Le pegué una patada al gordo Gustave.

—Bien, muchachos, llegó la hora de las confidencias. ¿Quién es vuestro jefe?

—El coronel Westman.

—¿Y quién es al coronel Westman?

—Usted lo conoció en la casa de modas de *madame* Terrier.

—Sí.

—Entonces, sabe tanto como nosotros.

—Eso no me gusta nada —dije, y le pegué con el dorso de la mano libre en la boca. El gordo soltó un chillido.

Mientras tanto, Ruth le había quitado la caja a Paul y la estaba abriendo sobre una mesa.

Tomó el vestido por los hombros, lo sacó de la caja y lanzó un silbido.

—Vaya —dijo—, es un modelo muy lindo.

—Claro —repuse—. Vale un millón de dólares.

—No me harás creer eso.

—Anda, Ruth, busca entre el encaje y el forro.

—¿Qué es lo que he de buscar?

—No lo sé, pero estos caballeros nos van a ayudar.

Gustave se puso en pie.

—No sé nada.

Le pegué una patada en la espinilla y estuvo a punto de caer otra vez.

—Anda, Gustave, intenta otra respuesta. ¿Qué es lo que se guarda en el vestido?

—Te juro que no lo sé.

Me volví hacia Paul, que estaba muy pálido.

—¿Y tú, Paul? ¿Lo sabes?

—Te juro por mi madre que no lo sé.

Ruth estaba examinando el vestido.

—¿Encuentras algo? —le pregunté.

—Por ahora, nada.

—Está bien, muchachos —dije—. Para amenizar un poco esta

espera, quiero que me deis información.

—Te digo que no sabemos nada —repuso Gustave en un gesto de cansancio.

—Me seguisteis desde El Buen Reposo y allí dejé un par de amigos. ¿Qué pintan la pelirroja Marie y el enfermero Fernand Michel?

—Oye, Fabré —contestó Gustave—, Paul y yo somos independientes.

—¡No me digas...!

—Quiero decir que trabajamos por nuestra cuenta. Alguien nos alquila y nosotros hacemos nuestro trabajo.

—Oh, sí, comprendo; un patrón os da el dinero y vosotros ponéis lo demás, las pistolas...

—Lo creas o no, es así. Pero puedo decirte algo de Marie y de Michel.

—Hombre, eres muy amable.

—Se pusieron a trabajar en El Buen Reposo hace sólo una semana. Ellos mismos nos lo dijeron.

—Sí, ya lo suponía.

—Fueron allí para tratar de arrancar el secreto a Marcel Turpin. Ruth habló desde la mesa:

—Lo siento, Gaston, pero no he encontrado nada en el vestido.

—Será mejor que lo examines otra vez.

—Lo he mirado pulgada a pulgada, pero de todas formas, haré una nueva inspección.

Encendí un cigarrillo.

El gordo fue a echar mano al bolsillo.

—Estate quieto.

—Yo también quiero fumar.

—No es bueno para los pulmones —dijo mientras daba una chupada a mi cigarrillo. Ruth terminó un segundo examen.

—Gaston —dijo con voz dolida—, te aseguro que aquí no hay nada... Os han engañado a todos... He mirado bien el forro, y en cuanto al encaje, ahí no se puede guardar nada, debido a su transparencia.

Había levantado el vestido para que yo me diese cuenta de lo transparente que era.

Paul se echó a reír.

—Eh, Gustave, estábamos matando por nada...

Gustave sacudió la cabeza.

—Oye, Fabré, estando como están las cosas, creo que podemos poner punto final a esta aventura... Pero para no lesionar tus intereses, te daremos dos mil francos por ese vestido.

—Quieres llevártelo, ¿eh?

—Sí, después de todo, tu chica ha visto que no tiene nada.

—¿Crees que soy idiota? Claro que tiene algo. Lo que pasa es que nosotros no sabemos lo que es... Ese vestido vale un millón de dólares.

—¿Quién te dijo eso?

—Marcel Turpin...

—Un loco.

—Si estaba tan loco, ¿por qué vosotros vais detrás del modelito?

—Reí con sorna—. No, muchachos, no me la pegaréis... Pero podemos llegar a un acuerdo.

—Está bien, que sean cinco mil francos.

—No me refería a esa clase de acuerdo.

—¿Qué quieres decir?

—Haré sociedad con tu jefe.

—¿Eh?

—Ya lo has oído. Con tu jefe... Anda, dame su dirección.

—No la conozco.

—El número de su teléfono.

El gordo se humedeció los labios y eso quería decir que lo sabía.

—¿Qué quieres decirle?

—Dame ese número y lo oirás.

—No sé si me conviene...

—Os conviene a los dos. Habéis fracasado en vuestro trabajo. Puedo entregaros a la policía con vuestras pistolas, y apuesto que es bastante para que os encierren... Pero si vuestro jefe acepta mi oferta, os dejaré en libertad.

Mi sugerencia era muy tentadora.

—Está bien —dijo, y a continuación me dio el número del teléfono. Había un diván a la izquierda.

—Sentaos ahí muy juntos, no os mováis mientras yo llamo.

Ahora se comportaban como dos chicos obedientes y ocuparon el diván, muy juntos, como les había indicado.

A continuación, marqué el número en el dial. A la otra parte oí tres veces el zumbido.

Por fin descolgaron.

—¿Sí...?

—¿Qué tal, coronel Westman?

—Vaya, si es mi buen amigo el hijo de perra que me dejó sin conocimiento...

—Por favor, coronel, recuerde que está casado con una *lady*...

—Yo no estoy casado con ninguna *lady*. A decir verdad, no estoy casado con nadie...

—Tranquílcese, coronel, le puede sobrevenir una hemorragia y eso le dejaría en muy pésimas condiciones para atrapar el modelo «Tentación».

—¿Lo tiene usted?

—Sí.

—No lo creo. Ya lo ha perdido. Mis chicos se lo quitaron... Recibí noticias de ellos hace un rato. Estaban sobre su pista.

—Sus chicos están aquí, coronel. Ellos y yo hemos simpatizado mucho.

—No le creo una palabra.

—Ven aquí, Gustave, tu jefe quiere oír tu melodiosa voz.

El gordo tragó saliva antes de hablar por el micro:

—Coronel, lo siento... Pero hicimos todo lo que pudimos... Fue un caso de mala suerte...

—¡Pedazo de imbécil!

Lo oí claramente, a pesar de que Gustave tenía el auricular pegado a su oreja.

—Vuelve a tu sitio, Gustave —ordené.

El gordo se fue al diván rezongando por lo bajo.

Sonreí al auricular, como si por él pudiese ver al coronel Westman.

—¿Qué tal, coronel? ¿Sigue ahí?

Exhaló el aire de sus pulmones y casi me despeinó.

—Está bien, usted tiene el modelo «Tentación», Fabré... ¿Qué quiere?

—Dígame dónde tengo que buscar.

—¿Para qué?

—Para encontrar el secreto.

Lanzó una histérica carcajada.

—¿Espera de verdad que se lo diga?

—Si me lo dice, estoy dispuesto a partir con usted... Y con ello le estoy proponiendo que formemos sociedad.

—No, no me interesa...

—Entonces lo siento, pero tendré que destruir el vestido.

—¿Qué dice?

—Ya lo ha oído, prenderé fuego al modelito.

—¡Usted no puede hacer tal cosa, Fabré!

—No solamente puedo, sino que mi instinto me aconseja que destruya el modelito. Sólo así me dejarán tranquilo.

—¡Déselo a uno de mis muchachos!

—Ni hablar... Ahora me toma por ingenuo. No estoy dispuesto a que usted se beneficie con un millón de dólares, mientras yo paso la mano por la pared.

—¡Maldita sea! Está bien... Haremos sociedad.

—Eso es mucho mejor.

—Llevará el vestido donde yo le diga, y usted vendrá acompañado por mis dos chicos.

—No, no me interesa.

—¿Por qué no?

—Usted acabaría conmigo inmediatamente. Lo haremos de otra forma para que no caiga en la tentación. Nos citaremos en un lugar público...

—¿En dónde?

—En el Club Palisade, en Saint Germain-des-Pres, a las ocho de la noche.

—Está bien, Fabré, pero yo también le hago la misma recomendación. Juegue usted limpio.

—Seguro.

—No vaya allí sin el vestido. Llévelo. Ése es el trato.

—Descuide, llevaré el modelo «Tentación».

—Ahora, como prueba de nuestro compromiso, deje marchar a mis dos muchachos.

—Se los envío, pero me quedaré con sus pistolas como recuerdo. El coronel rió.

—Eh, oiga, me fue usted un tipo simpático, a pesar del golpe que me dio. Sí, nuestra conversación durante el desfile de modelos fue

realmente magnífica. Espero que la de esta noche la supere.

—Yo también lo espero, coronel. Hasta luego.

Inmediatamente colgué, y dije a los dos tipos:

—Ya os podéis marchar. Paul se apretó la nariz.

—Eh, oye, Fabré, ¿por qué no nos das las armas? Cuestan caras.

—No; las perdisteis, son gajes del oficio.

Gustave se encogió de hombros.

—¿Qué más da, si ya no nos hacen falta? Anda, vámonos, Paul.

Los dos tipos hicieron un saludo, con la mano, a Ruth y salieron del departamento.

Fui tras ellos para cerciorarme de que descendían hacia la calle y luego regresé a la habitación.

Ruth estaba ante el espejo, observando el efecto del vestido «Tentación» sobre su cuerpo, con ese gesto habitual en las mujeres cuando se prueban sobre la fachada un vestido.

—¿Crees que estaría, mona con él, Gaston?

—No pienses que lo vas a llevar.

—¿Por qué no?

—Es pura dinamita. Murió un hombre por culpa de él, y si a mí no me han matado, ha sido por milagro.

—¿Por qué no me cuentas toda la historia?

—¿Para qué?

—Soy muy curiosa y tenemos mucho tiempo por delante hasta las ocho.

Le hice un relato de mi aventura, desde que alguien intentó asesinarme por equivocación.

La joven escuchó atentamente, y cuando hube terminado, dijo:

—No tienes más remedio que seguir adelante, Gaston. Debes salvar de la guillotina o de la cadena perpetua a Germaine y a León.

—Sí, los salvaré, si puedo. He hecho todo lo posible. Aquí tenemos la razón del asesinato, el vestido —lo tomé entre mis manos—. Y tú dices que no hay nada... ¿Tienes una lupa?

—No, Pero muy cerca de aquí, en la esquina, hay una tienda en que venden objetos de óptica.

—Me llegaré allí por una lupa. Enciérrate con llave mientras tanto. Me daré toda la prisa que pueda.

Salí de la habitación y esperé a que Ruth se encerrase con llave.

Bajé la escalera y al llegar a la calle, miré a un lado y otro, pero

no vi el «Mercedes» ni rastro alguno de mis viejos amigos Gustave y Paul.

Fui rápidamente a la tienda que me había indicado Ruth y compré una lupa sensacional. Cuando entré de nuevo en el apartamento de Ruth, sólo habían transcurrido seis minutos desde mi salida.

Entonces me puse a examinar el vestido «Tentación» con ayuda de la lupa. Fue un trabajo lento, minucioso, pero seguro.

Y tampoco sirvió para nada.

Me senté en el diván y lancé un suspiro.

—Estoy vencido, pequeña, no hay nada que hacer...

—¡Dios mío! ¿Quieres decir que todo fue un engaño, que ese vestido no encierra ningún secreto?

—Quizá consista en el encaje. Hay mucho y está entrecruzado. Puede significar para alguien una clave, tal vez para el coronel.

—¡Eso debe ser! —exclamó Ruth—. Y por eso el coronel necesita el vestido. Ya sólo podemos confiar en él para descifrar este misterio.

—Hay otro camino —opuse.

—¿Cuál?

—La casa de modas de *madame* Terrier.

—Es cierto, es allí donde hicieron el vestido.

—Por lo menos, es de donde yo lo saqué. Ruth hizo chascar los dedos.

—Y el vestido fue exhibido allí... Da la impresión de que *madame* Terrier debe estar metida en el lío.

—Saldré muy pronto de dudas —dije—, y metí el vestido en la caja.

—Yo te acompaño, Gaston...

—Tú vendrás conmigo, pero te quedarás en el coche custodiando la caja.

Un minuto después nos poníamos en camino.

CAPÍTULO XV

Estaba dispuesto a jurar que nadie nos había seguido hasta las proximidades de la casa de modas de *madame* Terrier.

Tomé a Ruth por la barbilla y la miré a los ojos.

—No me perdonaría que te pasase algo...

—No te preocupes, no me pasará nada —me mostró la pistola que yo le había dado, una de las dos de que despoje a la pareja de asesinos—. Si se me acerca alguien, le voy a quitar las ganas de ver vestidos de mujer.

—Eres una chica muy valiente.

—Te debo una compensación.

—¿Por qué?

—Por la forma en que te traté.

En sus ojos leí que la compensación iba a ser buena.

No quise demorarme más porque, de lo contrario, renunciaría visitar a *madame* Terrier.

Entré en la casa de modas.

Una rubia platino, muy bonita, muy elegante, se me acercó.

—¿En qué puedo servirle, caballero?

—Quiero hablar con *madame* Terrier.

—Lo siento, pero tendrá que esperar a mañana.

—¿No está *madame* Terrier?

—Sí, pero canceló todas sus visitas.

—¡Qué lástima!

—¿Por qué dice eso, caballero?

—Quería hablarle sobre un vestido que perdió; el «Tentación».

La rubia platino arrugó la nariz.

—¿Cuál es su nombre, caballero?

—Gaston Fabr .

—Pero no le veo el vestido.

—No le dije que lo trajese, sino que quería hablar con *madame* Terrier acerca de él. Pero ya que no puede ser, volveré mañana.

—Oh, no, espere, hablaré con *madame* Terrier... ¿Quiere tomar asiento mientras tanto?

A un lado había un tresillo. Ocupé un sillón, crucé las piernas y encendí un cigarrillo. Sólo había arrojado dos bocanadas de humo, cuando la rubia volvió a mi lado.

—*Madame* Terrier le recibirá.

La señora de la cara ridícula, con lentes ridículos, estaba sentada tras una larga mesa.

—Creo que ahora le recuerdo, señor Fabré —fue lo primero que dijo.

—¿Sí?

—Usted asistió a la exhibición de hoy.

—Tiene buena memoria.

—Además, su descripción coincide con la que me dio Jacqueline del hombre que la visitó en su cuarto, el que se llevó su vestido.

—Ya lo sabe todo.

—Está bien, señor Fabré, iremos al grano.

—Estupendo.

—¿Cuánto quiere por devolver el vestido?

—¿Cuánto estaría dispuesta a pagar, señora?

—Doscientos francos.

—Muy poco, ¿no le parece?

—Incluso algo más.

—¿Qué cosa?

—No le denunciaré a la policía.

—Es usted muy considerada, *madame*.

—Celebro que estemos de acuerdo.

—No, no lo estamos, *madame*.

Una venilla se hinchó en la sien de *madame* Terrier, una por cada lado.

—Señor Fabré, le aseguro que puedo hacerle mucho daño.

—Su vestido vale más de doscientos francos y la promesa de no denunciarme a la policía.

—¿Cuánto más?

—Me pagarán por él

500 000

francos.

Los labios de la señora Terrier se convirtieron en una línea recta. Apretó las quijadas.

—Debe estar usted loco...

—Estuve en un sanatorio, en El Buen Reposo, y allí había algunos locos.

—Ya supuse que acertaba...

—No, *madame* Terrier, no acertó. Yo estaba allí porque tenía mal el hígado.

—Se le va a poner peor. Tengo ese presentimiento.

Me eché a reír.

—*Madame* Terrier, ¿por qué no nos dejamos los dos de truculencias?

—Fue usted quien empezó, señor Fabré. Se ha atrevido a pedirme medio millón de francos por un vestido que fue robado.

—Un vestido que vale un millón de dólares.

—Oiga, señor Fabré, le voy a rogar que salga de aquí...

—Muy bien, como usted quiera.

Giré sobre mis talones y eché a andar hacia la puerta.

—¡Espere! —gritó.

Me volví sonriendo.

—*Madame* Terrier, me estaba preguntando cuándo me pediría usted que no saliese.

—Está bien, admitiré que ese vestido no es un vestido vulgar. Se trata de una nueva fibra...

—¡No me diga...!

—Así es, señor Fabré, una nueva fibra que revolucionará el mercado.

—¿Puede decirme quién fabricó esa fibra?

—Marcel Turpin, pero sólo lo hizo en período de prueba.

—¿Y quién fue el descubridor de la fibra?

—Yo, señor Fabré.

—¿Usted? Creí que sólo era modista.

—Hoy en día, si uno quiere triunfar en su profesión ha de saber muchas cosas. Soy diplomada en Química, señor Fabré.

—Enhorabuena.

—Espero que ahora se de cuenta de que el vestido es muy

importante para mí. Quiero recuperarlo, y para que vea mi buena disposición, aumentaré notablemente mi oferta.

—¿En cuánto, *madame* Terrier?

—Le pagaré 5000 francos.

—Es raro...

—¿Qué es lo que encuentra raro?

—Si es verdad todo lo que me ha contado, usted no debería tener inconveniente en que ese vestido se perdiese.

—¿Cómo?

—Recuerde; usted inventó la fórmula. Por tanto, debe tenerla en su poder... Nadie le puede arrebatar la fórmula si usted la registra convenientemente.

—Señor Fabr , no es usted la persona más indicada para darme lecciones de lo que debo hacer.

—Por otra parte, pienso que la exhibición de su vestido es una prueba en contra de su explicación.

—No lo entiendo.

—Si usted quería impedir que su fibra se divulgase en el mercado, jams  deb  confectionar un vestido para ser exhibido en un desfile de modelos.

—Sólo era una prueba. Quería saber el impacto que producía en el público.

—Sin embargo, el modelo estaba a la venta.

—No lo habría vendido.

—Sin embargo, lo vendió.

— Oh, no...!

—Lo vendió al coronel Westman.

La cara de *madame* Terrier se puso ahora roja.

—No es cierto...

—Bueno, voy a rectificar. Lo vendió a Natalie Dubin... Pero como luego se demostró, Natalie Dubin era el propio coronel Westman.

—Ya basta, señor Fabr .

—Yo tengo una hipótesis, *madame* Terrier.

— No me interesa escucharle ni un minuto más!

—No se trata de ninguna fibra, sino de algo más importante.

— De qué está hablando?

—Todavía no lo s , pero lo averiguar .

—No sea estúpido, señor Fabré, ya ha llevado demasiado lejos este asunto.

—Son ustedes quienes lo han llevado demasiado lejos. Mataron a un hombre, y dos personas inocentes van a pagar por ese crimen...

—¿Qué le importa a usted, señor Fabré? No se trata de ningún familiar suyo.

—Celebro que se quite la máscara, *madame* Terrier.

—Yo también celebraré mucho más que usted y yo tratemos esto como un puro negocio.

En aquel momento se abrió la puerta de golpe. Ruth entró dando trompicones.

Moví la mano hacia el bolsillo donde guardaba la pistola, porque había visto en el hueco al coronel Westman, que era quien había empujado a Ruth.

Madame Terrier dejó oír su voz seca:

—No haga eso, señor Fabré.

Había sacado una pistola de uno de los cajones.

El coronel entró sonriente. Sujetaba con la diestra el bastón y con la izquierda la caja que identifiqué como la que contenía el modelo «Tentación».

Detrás de Westman entraron otras dos personas que yo también conocía, un hombre y una mujer.

Ella era la pelirroja Marie, y él, el feo Fernand Michel. El coronel cerró la puerta.

Ruth llegó a mi lado y la sujeté para que no fuese a parar al suelo. El coronel dejó la caja sobre la mesa y sonrió.

—Señor Fabré, tengo que felicitarle porque ha estado usted a punto de echar por tierra un negocio de un millón de dólares.

—¿Me quiere decir ahora qué clase de negocio?

—Con mil amores. *Madame* Terrier, ¿quiere preparar la luminotecnia adecuada?

Madame Terrier, también sonriente, sacó una lámpara de un armario. La conectó e instantáneamente esparció un haz de luz roja.

El coronel Westman abrió la caja y tomó el vestido por los hombros. Lo mostró por un lado y otro.

—Nada por delante, nada por detrás... —dijo—. Pero vea esto ahora, señor Fabré.

El coronel puso el vestido delante de la lámpara.

Entonces, vi que en el vestido se formaban unos planos, unas coordenadas, unos mapas.

CAPÍTULO XVI

—¿Qué es eso? —preguntó Ruth.

—¡No se lo diga, coronel! —grité.

—¿Por qué, no, señor Fabr ?

—Ruth no necesita saberlo y, por lo tanto, pueden dejar que viva.

—Demasiado tarde —dijo el coronel—. Señorita Bryan, se trata del mapa más completo de Francia. El mapa que contiene todos los secretos militares de este país... Situación de las bombas atómicas, localización de los avances de materia de bombas de hidrógeno, rampas de lanzamiento, depósitos, bases de satélites... S , señorita, cada uno de estos cuadros corresponde a un lugar vital para la defensa francesa.

Quise saltar sobre el coronel aprovechando su discurso, pero Fernand Michel estaba al tanto y me pegó con el filo de la mano en la clavícula.

Cre  que me la había fracturado.

Clav  las dos rodillas en tierra y sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas.

—Es usted muy impulsivo, señor Fabr  —dijo el canalla del coronel—. Lo fue desde que apareció en el sanatorio El Buen Reposo.

Eso me recordaba para qué había ido yo al sanatorio, para descansar porque tenía el hígado hecho
foie-gras

Daba risa.

—Coronel —dije—, ustedes han recuperado lo que perdieron. Ganaron, y ahora, adiós...

Tomé a Ruth por el brazo, pero no llegamos a dar un paso porque Fernand Michel apuntó a Ruth con la pistola.

—Si no se están quietos, empiezo por cargarme a ella.

Tiré de Ruth para que se estuviese quieta.

Miré al coronel, el cual seguía con su aire de triunfador.

—¿No quiere saber por qué matamos a Turpin?

—Ya no me importa, y sería mejor que no me lo explicase, coronel.

—No sea estúpido, Fabr . Usted sabe que va a morir, y también va a morir su chica.

Sacud  la cabeza.

—Está bien, coronel, continúe su confesión si eso le tranquiliza.

—Marcel Turpin pertenecía a nuestra organización. Era el encargado de imprimir los conocimientos de nuestros espías en el tejido que iba a servir para confeccionar el vestido «Tentación». Pero empezó a arrepentirse en un momento determinado... Es lo malo de los hombres como Turpin. Carecen de voluntad. Trat  de convencer al muy estúpido, pero no sirvió para nada.  se era el desquiciamiento de nervios que padecía. Estaba arrepentido de haber hecho lo que hizo, Fernand tuvo que acabar con él en el sanatorio...

—Perdone que le interrumpa, coronel, pero creo que ustedes se valieron de una forma muy tortuosa para sacar esos planos del país.

—Es usted el que se equivoca, señor Fabr . Pero eso es lógico porque usted no es un espía profesional, sólo un aficionado, un escritor de novelas policíacas, y tendr  que reconocer, aunque sea por poco tiempo, que la realidad es muy superior a la ficción. Cada día resulta más difícil sacar de un país determinado sus secretos. Cada día hay más vigilancia a nuestro alrededor, y por lo tanto, nuestro trabajo es más difícil y arriesgado. Todos los procedimientos que se utilizaban antes han quedado anticuados, faltos de valor práctico... Microfilmes, criptogramas, claves. S , señor Fabr , cada día nuestra vida es más difícil. Por eso hemos de agudizar nuestra inteligencia para burlar a los Servicios de Contraespionaje.

—Le comprendo perfectamente, coronel, y le felicito. Esto del vestido es realmente genial.

—Estamos de acuerdo, señor Fabr . Imagínese que el vestido

podrá ser llevado por una mujer ante las propias narices de los policías, sin que ellos se den cuenta de que, con el modelo, salen del país los secretos militares más importantes.

Pegué un manotazo a la lámpara, que voló hacia el coronel. Al mismo tiempo, ya estaba saltando sobre *madame* Terrier.

La lámpara chocó contra el pecho del coronel y sonó una suave explosión.

Para ese entonces, ya me había apoderado de la pistola de la modista.

Estaba pidiendo al cielo que Fernand Michel se hubiese quedado un poco perplejo ante los acontecimientos.

Fue así como ocurrió.

Pude apretar el gatillo.

Michel recibió el impacto en el pecho y cayó hacia atrás.

El coronel sacó otra pistola y fue a hacer fuego sobre mi cabeza, pero yo le mandé un obús antes y casi lo decapité.

Madame Terrier daba chillidos como una loca.

La hermosa Marie se había quedado inmóvil como una estatua y seguía así.

Yo estaba tendido en la cama.

El doctor me había dicho que guardase reposo. Ya saben, cuestión de mi hígado.

Nada de alcohol, y nada de mujeres. De lo contrario, en seis meses me iría al cementerio.

Ruth puso sus labios sobre los míos.

—Querido, ¿cómo estás?

—Magnífico.

Alargué la mano y tomé el vaso de *whisky*. Bebí un trago. Era un buen *whisky*. Debo aclarar algo enseguida. Ruth Bryan era ya mi esposa.

Pero estaba dispuesto a empezar al día siguiente el tratamiento. Sí, amigos, hay que seguir las instrucciones del doctor...

Nada de alcohol y nada de mujeres.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



epi

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1712*